



# LA AMENIDAD

BOLETIN SEMANAL DE ILUSTRACION Y RECREO

## KERABAN EL TESTARUDO

POR

JULIO VERNE.

En el estado de enflaquecimiento en que se encontraba Bruno, le pareció que aquellas sandías, muy auosas, con los que el señor Keraban y sus compañeros se regalaron, no serían de suficiente naturaleza para fortalecerle, y rehusó el comerlos. El hecho es que el buen hombre, aunque muy probado ya en su robustez, todavía encontraba medio de enflaquecer, y el mismo Keraban se vió obligado á reconocerlo.

— Pero — le decía en tono de consuelo — nos aproximamos al Egipto, y allí, si quiere, Bruno podrá hacer un tráfico ventajoso de su persona.

— ¿Y de qué manera? — preguntaba Bruno.

— ¡Vendiéndose como momia!

Si aquel propósito desagradaba al infortunado servidor, si deseaba al señor Keraban alguna aventura más deplorable todavía que el segundo matrimonio de su ama, eso no lo sabía él.

— Pero veréis cómo no sucederá nada á ese turco — murmuraba — y que todas las desgracias serán para cristianos como nosotros.

Y verdaderamente, el señor Keraban se portaba á las mil maravillas, sin contar que su buen humor no decaía, desde que veía sus proyectos efectuarse en las mejores condiciones de tiempo y seguridad.

Ni en la aldea de Militseh, ni en el Kysil, que fue pasado sobre un puente de barcas durante la jornada de 22 de Setiembre, ni en Gersa, en donde llegaron á la mañana siguiente, hacia las doce, ni en Tschobaular, se detuvieron los carruajes sino el tiempo necesario para dar descanso á los caballos. Sin embargo, el señor Keraban hubiese deseado visitar, aunque no fuese más que algunas horas, Baíra ó Bafra, situada un poco atrás, en donde se hace un gran comercio de tabacos, cuyos *tays* ó paquetes, sujetos entre largas latas, habían llenado tan á menudo los

almacenes de Constantinopla; pero era necesario dar una vuelta de unas diez leguas, y le pareció conveniente no alargar un camino todavía largo.

El 23, por la tarde, la pequeña caravana llegaba sin novedad á Sinope, sobre la frontera de la Anatolia propiamente dicha.

Sinope es todavía una importante escala del Puer-

te Euxino, colocada sobre su istmo, la antigua Sinope de Strabon y Polybe. Su rada es excelente, y se construyen buques con las magníficas maderas de las montañas de Aio-Antonio que se elevaban en los alrededores. Posee un castillo rodeado de una doble muralla, pero no cuenta más que quinientas casas lo más, y apenas cinco ó seis mil almas.



Al salir el sol abandonaron á Sinope.

¡Ah!; Por qué Van Mitten no habría nacido dos ó tres mil años ántes!; Cuánto hubiera admirado aquella célebre ciudad, á la que se atribuye la fundacion de los argonautas, que llegó á ser tan importante bajo una colonia milesia, que mereció ser llamada la Cartago del Puente Euxino, cuyas embarcaciones cubrieron el mar Negro en tiempo de los romanos, y que acabó por ser cedida á Mahomet II «porque gustaba mucho de aquel comedador de los creyentes!» Pero era muy tarde para poder volver á encontrar todos los esplendores desplomados, de los que no quedan más que fragmentos de cornisas, de frónsis, de capiteles de diversos estilos. Es necesario, por otra parte, que sí aquella ciudad arroja su nombre de Sinope, hija de

Asopo y Metona, que fué elevada por Apolo y conducida á aquel sitio, aquella vez era la ninfa que elevaba el objeto de su ternura, y que esta ninfa tenía por nombre Saraboul. Este aproximamiento fué dicho por Van Mitten no sin cierta opresion de corazon. Ciento veinticinco leguas separan á Sinope de Scutari. Le quedában al señor Karaban siete dias para recorrerlas. Si no estaba atrasado, tampoco estaba adelantado. Convenia, por lo tanto, no perder un instante.

El 24, al salir el sol, abandonaron á Sinope para seguir las vueltas de la orilla anatólica. Hacia las diez, la pequeña caravana ganaba á Istifan, al mediodia la aldea de Apana, y por la tarde, despues de una jornada de quince leguas, se detenia en Jueboli, cuya

rada, poco abrigada; levantada á todos los vientos, es poco segura para los buques de comercio.

Ahmet propuso entonces el no tomar allí más que dos horas de reposo y viajar el resto de la noche. Doce horas ganadas valían algún aumento de fatigas. El señor Keraban aceptó la proposición de su sobrino. Nadie revelaba, ni aun Bruno. Por otra parte, Yanar y Saraboul también tenían algún deseo de llegar á las orillas del Bósforo para tomar el camino del Kurdistan, y Van Mitten un deseo no menos grande, pero para fugarse todo lo lejos posible de aquel Kurdistan, cuyo nombre solamente le horrorizaba.

El guía no hizo ninguna oposición á aquel proyecto, y se declaró presto á partir cuando quisieran. De noche, como de día, el camino no le esteraba, y aquel holgazán, habituado á marchar por instinto entre espesos follajes, no podía apurarse al encontrarse sobre caminos que seguían la costa. Partieron pues, á las ocho de la noche, con una buena luna, llena y brillante, que se elevó en el Este sobre el horizonte del mar, poco despues de la postura del sol. Amusia, Nejeb y el señor Keraban, la noble Saraboul, Yanar y Van Mitten, calzados en sus corchetes, se abandonaron al sueño, al trote de los caballos, que se mantuvieron á buen paso.

No vieron, por lo tanto, nada del cabo Kerenski, rodeado de pájaros de mar, cuyos ensordecedores gritos llenaban el espacio. Por la mañana pasaban por Tindé, sin que ningún incidente hubiese turbado el viaje; despues llegaban á Káfers, y por la tarde hicieron alto para toda la noche en Amastra. Tenían buen derecho á algunas horas de reposo, despues de una tienda de más de sesenta leguas, encerradas en treinta y seis horas.

Tal vez Van Mitten (porque siempre es necesario recurrir á este excelente hombre, previamente autorizado de las lecturas de su guía); tal vez Van Mitten, si hubiese estado libre de sus actos, si el tiempo y el dinero no le hubiesen faltado, tal vez hubiese hecho registrar el puerto de Amastra para buscar un objeto, del que hinguia anticuario usaría contestar su valor arqueológico.

Nadie ignora, en efecto, que doscientos noventa años antes de Jesucristo, la reina Amastris, la mujer de Lisimaco, uno de los capitanes de Alejandro, la célebre fundadora de aquella población, fué encerrada en un saco de cuero, y despues arrojada por sus hermanos en las aguas mismas del puerto que ella había creado. Porque, ¿qué gloria para Van Mitten, si, por la fe de su guía, hubiese logrado pescar el famoso saco histórico! Pero, según se ha dicho antes; el tiempo y el dinero le faltaban, y sin confiar á nadie, ni aun á la noble Saraboul, el motivo de su sueño, se atuvo á sus lamentos de arqueólogo.

Á la mañana siguiente, 26 de Setiembre, aquella antigua metrópoli de los genoveses, que hoy no es más que una aldea bastante miserable, en donde se fabrican algunos juguetes de niños, era abandonada al amanecer. Tres ó cuatro leguas más lejos estaba el pueblo de Bartan, despues del mediodía Filias; á la caída de la tarde, Ozona, y hácia la media-noche, finalmente, la aldea de Gregli.

Descansaron hasta el amanecer. En suma, era poco, porque los caballos, sin hablar de los viajeros, comenzaban á estar seriamente fatigados por las exigencias de tan larga carrera, que no les había dejado más que raras descansas desde Trebisonda. Pero faltaban cuatro dias para llegar al término de aquel itinerario, cuatro dias solamente, 27, 28, 29 y 30 de Setiembre. Y todavía aquella última jornada era necesario contarla, puesto que debía ser empleada de otra manera. Si el 30, á las primeras horas de la mañana, el señor Keraban y sus compañeros no aparecían sobre las orillas del Bósforo, la situación sería singularmente comprometida. No había que perder un instante, por lo tanto, y el señor Keraban apresuró la partida, que se efectuó al salir el sol.

Gregli es la antigua Heraclea, griega de origen. Antes fué una vasta capital, cuyas murallas en ruinas, recordadas sobre enormes bigueras, todavía indican su contorno. El puerto, por otra parte, muy importante, bien protegido por su muralla, ha degenerado como la ciudad, que no cuenta más de seis á siete mil habitantes. Despues de los romanos, despues de los griegos, despues de los genoveses, debió caer bajo la dominación de Malomet II, y de ciudad que tuvo sus dias de esplendor, llegó á ser una sencilla provincia, muerta para la industria, muerta para el comercio.

El dichoso novio de Saraboul hubiera tenido que satisfacer una curiosidad. ¿No era, cerca de Heraclea, península de Acherasia, en donde se abría, en una mitológica caverna, una de las entradas del Tartaro? ¿Diodoro de Sicilia no cuenta que fué por aquella abertura por donde Hércules llevó á Cerbero, al volver del Infierno? Pero Van Mitten ocultó sus deseos en lo más profundo de su corazón. Y por otra parte, ¿no encontraba la fidelidad de aquel Cerbero en su cuñado Yanar, que tan de cerca le custodiaba? Sin duda, el señor kurdo no tenía tres cabezas; pero una le bastaba, y cuando la erguía con aire feroz parecía que sus dientes, apareciendo entre sus espesos bigotes, iban á morder como los del perro tricefalo que Pluton tenía encadenado.

El 27 de Setiembre la pequeña caravana atravesó el pueblo de Sagaría; despues ganó, por la tarde, el cabo Kerpe, en el sitio mismo en donde diez y seis siglos antes fué muerto el emperador Aureliano. Allí hicieron alto para la noche, y tuvieron consejo sobre la cuestión de modificar algo el itinerario, á fin de llegar á Scutari en las cuarenta y ocho horas, es decir, por la mañana del último día señalado para la vuelta.

## XI.

EN EL CUAL EL SEÑOR KERABAN ACCEDE Á LA OPINION DEL GUÍA, CONTRA LA OPINION DE SU SOBRINO AHMET.

En efecto, hé aquí una proposición hecha por el guía, y cuya oportunidad merecía ser tomada en consideración:

¿Qué distancia separaba todavía á los viajeros de las alturas de Scutari? Cerca de unas sesenta leguas,

¿Cuánto tiempo quedaba para franquearlas? Cuarenta y ocho horas. Era poco, si los tiros de los carruajes se negaban á marchar durante la noche.

Pues bien, abandonando un camino que las sinuosidades de la costa alargan sensiblemente, arrojándose á través de aquel ángulo extremo de la Anato-

lia, comprendido entre las orillas del mar Negro y las del mar de Mármara; en una palabra, yendo por lo más corto, podía abreviarse el itinerario lo ménos una docena de leguas.

—Hé aquí, pues, señor Keraban, el proyecto que os propongo —dijo el guía con aquel tono tan frío



Allí hicieron alto por la noche.

que le caracterizaba —y añadiré que casi os convenzo á que lo acepteis.

—¿Pero los caminos del litoral no son más seguros que los del interior? —preguntó Keraban.

—Tanto peligro hay que franquear en el interior como en las costas —respondió el guía.

—¿Y conocéis bien esos caminos que nos proponéis tomar? —repuso Keraban.

—Los he recorrido veinte veces —replicó el guía —cuando explotaba los bosques de la Anatolia.

—Me parece que no hay que titubear —dijo Keraban —y que doce leguas que economizar sobre lo que nos queda que recorrer vale la pena que se modifique el itinerario.

Ahmet escuchaba sin decir nada.

—¿Qué te parece, Ahmet? —preguntó el señor Keraban interpelando á su sobrino.

Ahmet no respondió. Tenía verdaderamente prevenciones contra aquel guía, prevenciones que, es necesario confesarlo, eran fundadas, no sin razón, á medida que se aproximaba el fin.

(Se continuará.)

# EL SECRETO DEL ORO.

NOVELA ESCRITA EN FRANCÉS

POR

LUIS BOUSSENARD.

Se trataba de treinta y seis horas de espera para Ackombaka y sus hambres, medianamente achispados gracias á la largueza de Benedicto. Treinta y seis horas para aquellos sedientos era mucho tiempo y todas las provisiones de los aventureros hubieran desaparecido en sus gargantas insaciables si los pieles-rojas no hubieran tenido la precaucion de llevar abundante provision de *vicó*.

¿Qué es el *vicó*?

Los indios, que generalmente no tienen prevision alguna para todos los actos de la vida, se rodean de increíble superabundancia de precauciones cuando se trata de proveer al consumo del líquido. Así como nunca se embarcan sin llevar sus canaries bien empaquetados en hojas, así tambien cargan sus canoas con gran cantidad de aquella pasta seca llamada *vicó*. Esta última sustancia ofrece sobre el *cachiri* la ventaja de poder preparar en pocos minutos una bebida fermentada, no ménos agradable y casi tan embriagadora.

Si bien su base es el casabe, su confeccion no es idéntica. Una jóven india, designada para esto, machaca un kilogramo de casabe, impregnando cada bocado de saliva, y despues amasa el conjunto para formar el elemento fermentador, la levadura. Esto se llama entre los galibies, el *matehi*. Doce kilos próximamente de casabe, despues de remojado en agua y bien escurrido se mezclan al *matehi*. De este modo se obtiene una pasta muy consistente que fermenta durante treinta y seis horas y leuda como la masa del pan. En seguida se pone á secar al sol y se conserva para las necesidades ulteriores.

Cuando el indio tiene deseos de beber, y los tiene siempre, no necesita más que cortar un trozo de esta pasta seca y desleirla en un cuí para obtener en pocos minutos un licor espumoso como el champagne. El piel-roja, que es un verdadero sibarita, endulza su *sillery* de casabe con el jugo de la caña, y bebe hasta que cae medio muerto á causa de la embriaguez.

Los compañeros de Ackombaka, Ackombaka mismo y el jóven piaya poseian un copioso surtido de *vicó* que les permitia esperar con paciencia la confeccion del *cachiri*. Los blancos, para no pecar de des-

porteses, tomaron parte en la fiesta. Había que matar el tiempo de algun modo.

Como nada hay interminable en este mundo, ni el placer ni el dolor, la semana dedicada al duelo transcurrió con ayuda del *cachiri* sin que reinase el fastidio. Hubo acá y acullá algunos bráncos abiertos á golpes de campo-cabezas y algunas costillas perjudicadas por el filo de los machetes, pero ¡bah! las equimosis desaparecian con el tiempo y las heridas acababan por curarse. Además una fiesta no sería completa sin aquellos ligeros incidentes.

El cadáver del piaya estaba á punto para suministrar á su sucesor los elementos indispensables á la última prueba. Pasáremos sobre estos detalles repugnantes en los que nos hemos detenido anteriormente por exigencias de la narracion en la que no ha intervenido la fantasia para nada. Escribimos la historia de los pueblos guayaneses, y la historia tiene á veces imperiosas necesidades.

No hay para qué decir que el candidato estuvo á la altura de su misión y que recibió la investidura de manos del jefe y de los notables, á los que se unió Benedicto en su calidad de colega.

Por fin se puso la tropa en camino, en fila india y precedida por el antiguo vigilante, que abría la marcha. El muerto, osario ambulante, iba despues colgado como una lampara y conducido á hombros de dos guerreros cuyas piernas no estaban muy seguras.

Benedicto veía cumplidos sus deseos. Ya tocaba el momento deseado; avanzaba como un conquistador, cortaba tallos y bejuco á derecha é izquierda, dirigía rápidas miradas á su brújula volviendo á emprender la marcha con ligero paso. El primer día y la mitad del segundo transcurrieron sin ningun incidente. Los pieles-rojas, encargados de las provisiones, andaban, á pesar de su proverbial pereza, sin quejarse y sin detenerse. Las pobres gentes, en su sencilla supersticion, pensaban de buena fe que hacian una obra piadosa buscando al autor de la muerte de su mago. Por grande que hubiera sido la fatiga no se hubiesen parado ni un momento.

Las montañas de oro—Benedicto se complacia en llamarlas así—no podían estar muy distantes. Había trazado su ruta como con un compas y podia señalar

inatemáticamente la exactitud de su dirección. Ya se figuraba el placer que le causaría penetrar en aquellas grutas de las cuales le habían pintado sus compañeros, con arreglo al relato de Santiago, un cuadro por extremo encantador, cuando de pronto hirió su olfato un fuerte olor de almizcle.

Detúvose súbitamente y dijo á Benedicto que iba dotras de él :

—Oído á la caja. Estamos en la pista de una serpiente.

—¡Una serpiente!—exclamó el otro con una sorpresa mezclada de espanto—¿dónde está?

—No la veo, pardiez. Si descubriese solamente la punta de su cola no me entretendría en poner un grano de sal encima.

—Una serpiente—balbuceó recordando el terrible episodio del arroyo.—No doy un paso más.

—No seas bruto; tanto peligro hay en estarse quieto como en ir adelante.

—Es una culebra y de buen tamaño. Apuesto á que lo ménos tiene siete ó ocho metros de largo, y que es tan gruesa como tu cuerpo.

—¿En qué conoces eso?

—Si tú hubieras vivido, como yo, en los bosques no me harías esa pregunta. Los presidiarios son muy estúpidos ahora. En mis tiempos eran más listos. Daba gusto dirigirlos. Mira esta huella, en las hierbas aplastadas como por la caída, ó mejor dicho, como por el arrastre de un tronco de árbol.

—Sí, ¿y qué?

—Ese es el camino de la serpiente. Por aquí ha pasado pocos minutos há. El olor de almizcle me lo dice.

Los indios, á pesar de las emanaciones del cadáver, habían olfateado el reptil, se habían detenido y esperaban silenciosos.

De repente y á poca distancia se oyó ruido de ramas y el rumor de un trotar pesado. Benedicto preparó su escopeta. Ackombaka se colocó á su lado, estiró la cuerda del arco y tomó un flecha terminada por una ancha punta de bambú, delgada, aguda, flexible como una lámina de acero y que se llama *curmuri* (bambú, en lengua india).

El rozamiento de las hierbas continuaba produciendo un ruido análogo al de una banda de cerdos salvajes. Un animal de gran tamaño avanzaba en línea recta como lanzado con la irresistible fuerza de un proyectil.

—¡Maipuri!—dijo silenciosamente el capitán indio al oírlo de su compañero.

—Adelante.

La comitiva prosiguió su marcha, y el ruido cambió de dirección. El maipuri parecía huir ante los hombres, y éstos no tardaron en encontrar sus enormes pisadas á través de las malezas. Tal era la impetuosidad de su carrera y tal su vigor, que había abierto una vía cuya anchura no hacía necesaria la maniobra del machete.

Los blancos y los indios siguieron aquel camino tan oportunamente practicado, pues correspondía con toda exactitud á la dirección indicada por la brújula.

El ruido cesó volviendo á oírse al cabo de una hora. El bosque se aclaraba, la pista del paquidermo se hacía cada vez más visible y las emanaciones de almizcle eran más intensas.

—¡Hola! ¡Hola! ¡Hola!—moduló Benedicto en tres tonos diferentes.—¿Trataría la serpiente de cazar al maipuri? No sería mala idea.

—El maipuri es una hembra—dijo Ackombaka.—Su hija está con ella, y la serpiente quiere comerse-la.

—No lo entiendo, porque eso de comer una culebra á un tapir adulto, es como si un papagayo quisiera tragarse una calabaza.

La configuración del terreno se modificó de pronto y la naturaleza cambió instantáneamente de aspecto. El suelo estaba formado de rocas dioríticas y á ménos de diez metros descubrió el aventurero á través de la cortina de follaje, bruscamente rasgada por el paso del maipuri, las montañas situadas á la distancia de un kilómetro.

Ahogó un grito de alegría y señalando á sus compañeros las colinas pedregosas, unidas entre sí de extraña manera, dijo en voz baja:

—¡Allí es!...

Apénas hubo pronunciado estas palabras cuando un crujido sordo se dejó oír á pocos pasos en las altas hierbas que circundaban el claro. Parecía un ruido indefinible de huesos roto, seguido de un precipitado pataleo.

Después, una gran masa informe surgió de entre los helechos, dió un salto hácia adelante pareciendo que se desdoblaba y desapareció, pero dando tiempo para que la infalible flecha del piel roja se clavase más de un pié.

Ackombaka se reía por lo bajo.

—¿Qué significa todo eso?—le preguntó en lengua india el antiguo vigilante.

—El maipuri ha matado á la serpiente, pero yo le he matado al maipuri. Le comerémos.

—¿Cómo sabes que ha matado á la serpiente?

—Vén. Verás que Ackombaka no se equivoca nunca.

Dieron algunos pasos, y según las previsiones del indio, encontraron extendido sobre las rocas un bon monstruoso de diez metros de largo y tan grueso como Bonnet. Algunas gotas de sangre brotaban de las narices del ofidio. De su boca abierta pendía su lengua hendida. No hacía movimiento alguno, y su muerte debió ser instantánea.

En vano buscó Benedicto la más pequeña señal de herida; el tapir no le había mordido ni pisoteado. Sin embargo, observó un hecho bastante anormal, y es que aquel enorme cuerpo cilíndrico estaba como aplastado y no tenía consistencia alguna. Parecía un rollo de lienzo y se doblaba como se quería. Hubiérase dicho que sus vértebras se habían roto una por una.

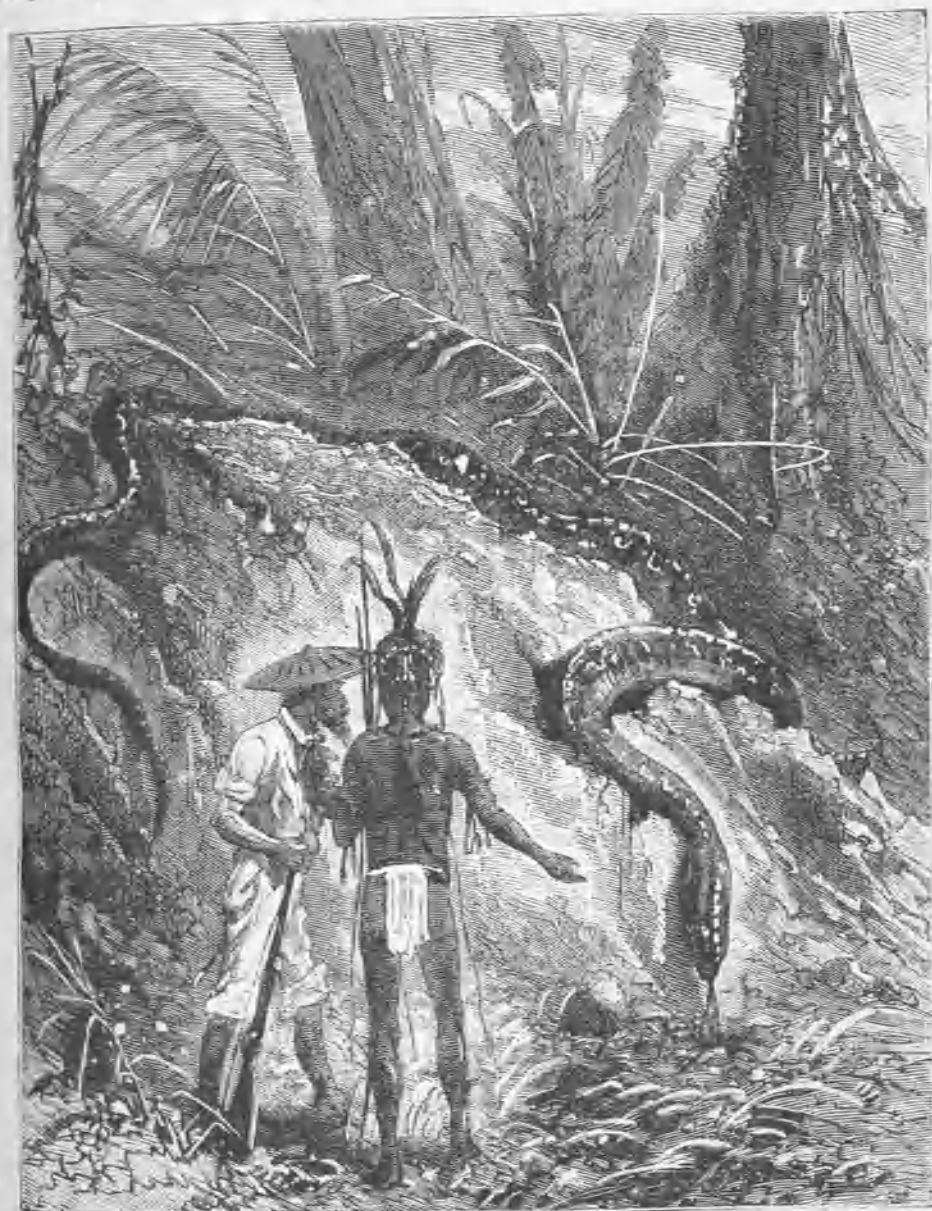
El antiguo vigilante preguntó con la mirada al indio. Éste se sonrió con aire protector y en su lenguaje gutural dió la siguiente curiosa explicación:

—Ackombaka no se ha equivocado. La culebra ha atacado al maipuri á fin de devorar su cría. Como es

muy grande la creído poder ahogarle lo mismo que hace con el tigre que no puede desprenderse de sus anillos. Pero el maipuri es fuerte y astuto.

Cuando se sintió rodeado por la serpiente continuó la respiración y se hizo todo lo pequeño que pudo. Aquella apretó. Entonces el maipuri, que es el

animal mayor y más vigoroso de nuestros bosques, jaldó de repente su vientro y se pechó. Se hizo grande... grande... La culebra no pudo desarrollar sus anillos y arujieron sus huesos produciendo el ruido que acabas de oír. En seguida ha muerto. El maipuri se ha desembarazado de ella y ha huído.



Encontraron tendido sobre la roca un boa monstruoso.

— Pronto lo empujamos — añadió con alegría — pues la flecha de Arkambaka no yerra jamás el blanco.

— Le empujamos.... — repuso Benedicto — con acento de incredulidad, pero sigue corriendo. Creo que tu flecha de punta de madera no le ha hecho mucho daño.

El indio, siempre sonriente, hizo notar á su interlocutor un largo rastro de sangre que ensució las hierbas agrietadas por el sol.

— Tomas curon, amigo piel-roja; es inaudible que eres un gran tímido.

En un momento fué despojada la culebra de su piel por el pinya que quería hacerse con ella un traje de ceremonia, y luego recogiendo su carga los portadores del lúgubre fardo púscen la comitiva en marcha.

Las manchas de sangre eran más abundantes; el paquidermo debía estar gravemente herido. Era evidente que interrumpió su carrera para desembarazarse de la flecha cuya punta se había clavado á gran profundidad en su carne. Sus paradas podían conjeturarse por la abundancia de sangre esparcida en el suelo. Á quinientos metros del teatro de la lucha se

encontró el asta de la flecha. Los cazadores dieron algunos pasos descubriendo con gran asombro en el fondo de un ancho y profundo pozo al tapir que no daba señales de vida. A su lado yacía el hijo inánvil también.

Ackombaka estaba lleno de alegría a pesar de su sorpresa.

— El gran maipuri es muy bueno para cerner— exclamaba regocijado, al pensar en el regalo que se prometía viendo aquella montaña de carnes.

La actitud de Benedicto y de sus compañeros era muy diferente. Aquel foso se hallaba en el punto medio del camino que debía conducidos á la primera montaña, y el aventurero se decía, con harta razón, que sin el encuentro verdaderamente providencial del tapir, sería él, el jefe de la expedición, quien hubiera caído en el hoyo taladrado por los caballos de frisa que cubrían el fondo y las paredes.

No había duda. Aquel hoyo era una trampa para los feras. Afectaba la forma de una pirámide truncada, estrecha en el vértice, ancha en la base, y de modo que al declive de sus costados no permitiera subir al animal que cayese al fondo, aun cuando lograra salvar las estacas puntiagudas de que estaba erizado.

También se veían los restos de las ligeras vigas, cubiertas un momento antes de tierra y de ramaje, de modo que podieran engañar al ojo más práctico.

Benedicto recordó en seguida los terribles medios de defensa empleados anteriormente por los seres misteriosos que habitaban las orillas del riachuelo. La caída de los árboles seculares, la obstrucción de las corrientes de agua, y aquella formidable flotilla de enlebrás, de cuyas mordeduras escaparon por un verdadero milagro.

Creyó encontrar relaciones entre aquella excavación tan inopinadamente practicada delante del paraiso de oro, y los ardidés que le obligaron á renunciar á su primera tentativa. Cavilando sobre esto, quiso saber á qué atenerse.

— Escucha, jefe, y dime quién ha hecho este hoyo; ¿han sido blancos ó indios?

— Indios — respondió sin vacilar.

— ¿En qué lo conoces tú?

— Los hombres blancos poseen instrumentos de hierro, y los hombres rojos no los tienen sino de madera endurecida. El pico de hierro corta la tierra como un machete, y deja á intervalos pequeñas huellas metálicas, mientras que los azadones de madera la desmoronan.

— Razonas muy bien. ¿De modo que, según oyo, hay indios por este lado?

— El indio está en todas partes — respondió orgulosamente el jefe. — La tierra, el bosque, el agua y cielo le pertenecen.

— ¿Puedes decirme de qué tribu son?

— Cuando tu ves un árbol cortado por un blanco, ¿puedes decirme de qué país es éste?

— Es verdad, jefe; no digo más que tonterías.

La columna se había detenido en el borde del hoyo, y el piaya muerto fué depositado en el suelo sobre una roca. Las peregrinaciones de aquel esclávo estaban lejos de terminar.

Un hombre provisto de un machete perfectamente afilado bajó al foso, valiéndose de la cuerda de su hamaca. Ató el cuerpo del maipuri jóven, que fué subido en el acto, y luego puso manos á la obra de descuartizar al enorme paquidermo, cuyos despojos casi llenaban la cavidad. Pesaba más de trescientos kilogramos, igualando en tamaño á un mediano buey. El tapir, llamado *maipuri* por los indígenas, es el más voluminoso de los animales del continente sudamericano. Tiene por carácter distintivo una cabeza grande muy elevada en el occipicio, con una especie de joroba hacia el origen del hocico, y que termina en una pequeña trompa muscular, cilíndrica, análoga á la jeta del cerdo, pero más larga. La nariz, repliegada hacia abajo, hace oficio de un labio superior. Las orejas, casi redondas, tienen un borde blanco. El cuerpo está cubierto de pelos cortos, tupidos, lisos, generalmente oscuros en la hembra, pardos en el macho, el cual tiene además una crin bastante espesa en el pescuezo. La cola no tiene más que unos diez centímetros de largo y parece un tronco. Sus piernas son cortas y robustas, y sus pies están terminados por uñas negras puntiagudas y aplanadas. Su alimentación es exclusivamente vegetal.

Aunque está dotado de un vigor muy considerable, es de carácter dulce y no ataca nunca al hombre ni á los animales. No es feroz, pero sus movimientos son sumamente bruscos. Sería una imprudencia encontrarse en su camino en los senderos que practica á través de los bosques, pues marcha en línea recta, y sin tratar de hacer daño, choca violentamente contra todo lo que halla.

Cuando se coga el tapir jóven puede domesticarsele con facilidad, y muy pronto se familiariza. Se le ha visto ir y venir libremente por las calles de Cayenna, reconocer ellos mismos la casa de sus amos, y seguir á éstos como perros.

El que descuartizaba el indio era un gigante de la especie, y su tarea fué por esto larga y penosa. Dos horas trascurrieron antes de que los mejores trozos cortados por el machete, y subidos por medio de la cuerda, saliesen de la oscura cavidad. Dos trozos de pernil que pesarian juntos cuarenta kilogramos, se tostaban delante de una hoguera, y los hambrientos pieles-rojas se preparaban á hacer los honores al asado, cuando el cocinero improvisado se levantó, y puso en manos del jefe un objeto, que éste examinó cuidadosamente.

Era un collar de forma extraña, y como jamas había visto Benedicto. Evidentemente procedía de los que habían preparado el hoyo.

La curiosidad de Ackombaka parecía mezclarse con una especie de respetuoso terror.

— Me preguntabas hace un momento el nombre de los que han cavado el foso, y voy á decirte lo. Son indios aramichaux — dijo en voz baja y planífera.

Dió principio la comedia.

— ¡Aramichaux! — repuso Benedicto con la boca llena. — Yo creí que se había extinguido esa tribu.

— Quedan algunos todavía — continuó Ackombaka en el mismo tono. ¡Son terribles! ¡grandes piayas!

El aventurero dejó escapar una blasfemia. Había



ESTABLECIMIENTO ALFONSO

SOMBRAS DE



SOMBRAS DE LAS MANOS.



El papagayo.



El toro.



El negro.



El cisne.

DE LA AMENIDAD.

AS MANOS



faltado poco para que su cuchillo se rompiese en un cuerpo duro muy pesado, completamente envuelto en la sustancia muscular. Cortó la parte con precaución, y vió una esfera de color amarillo brillante, redondeada con martillo, un poco deformada, y que parecía de oro parisiano.

No pudo contener un ligero estremecimiento al recordar la punta de la flecha que había traspasado el muslo de Bonnet.

— Dices que los aramichaux son grandes piayas; me es indiferente; pero ¿tienen escopetas?

— Creo que no.

— ¿Pues bien! Quisiera saber quiénes son los que usan el *malpuri* con armas de fuego, y cargan sus escopetas con balas de oro.

### CAPÍTULO V.

¿Qué es el oro un metal inoxidable, es preferible al cobre.— La edad del oro es el tiempo en que nació la agricultura.— Historia de los aramichaux.— El asote del oro y el vacuno del alcohol.— Primeros aramichaux.— El libro es esclavo de la mujer.— Los cuadros del tesoro.— La leyenda de El Dorado.— Los demas de las estatuas de oro.— La ropa envaseada.— Albergan violado y oculto vaso.— El calavar.— Una pepita de diez mil francos.— Urdida y descepcion.— Escuelas instructivas.— Los misterios de la caverna.— Cogidos en el lazo.

— Nuestro camarada el piel roja está medio loco — decía en voz baja Nicolas á su amigo Enrique.

— En efecto, no me explicó el terror que al parecer le inspira el aspecto de nuestra vajilla de oro. Todas razones antes al decir que mejor servicio nos hacen algunas barras de hierro ó de acero.

— Es verdad — repuso con acento de convicción el joven Nicolas.— Buen trabajo nos ha costado sacar de la tierra nuestro mineral de hierro, reducirle, martillarle y transformarle por último un acero.

— ¡Si al menos no estuviese tan lejos el filón !....

— Por fortuna no nos falta el tiempo — interrumpió el ingeniero.

— Es cierto. Si hubiera que trabajar como en París diez ó doce horas seguidas, no tardaríamos en quedar inútiles.

— Nuestras hachas y nuestros machetes, aunque poco elegantes y de mediana calidad, nos han hecho trabajar mucho.

— Es una lástima que el oro no pueda reemplazar al acero. Para nada sirve ese metal. ¿En qué puede emplearse?

— Pues en fabricar vajilla, y en caso necesario, cuando el acero falta, en hacer puntas de flechas....

— .... Que valen lo que las peores de hierro. Se embocan y se tuercen. Prefiera una espina ó un curmuri.

— Exageras, querido Nicolas. Desde tu llegada de Europa has cobrado horror al oro, porque á pesar de ser muy abundante en este sitio nos ha sido casi inútil, participo de tu opinión, pero hasta cierto punto. En cuanto á mí, pobre salvaje blanco, que no puedo tener idea de su importancia en los países civilizados, le coloco, sin despreciarle por eso, en la categoría de aquellos metales que, como el estaño, el plomo, y sobre todo el cobre, son susceptibles de una gran utilidad. Le prefiero al cobre por que es inoxidable.

El parisiano se echó á reír oyendo aquella opinión tan racional y tan sencillamente formulada.

— ¿Por qué te ríes?

— Porque á mí pesar recordo los jóvenes de tu edad que en las ciudades hacen rodar alegremente las monedas de ese metal que tú colocas por encima del cobre.

— He dicho que á causa de ser inoxidable....

— Pues por eso me río. Nuestros calavernas saben *oxidar* en un momento los laises por decenas y por centenas....

— ¿Y qué deduces de eso?

— Desluzco que el oro es un metal absurdo, y que si en Europa todo el mundo se apresura á desprenderse del hierro para poseer oro, yo daría diez kilogramos de éste por uno solo de aquél.

— Estamos completamente de acuerdo, pues poco más ó menos ésa es la equivalencia que yo atribuyo á esos metales.

La señora de Robin y su marido se sonreían oyendo aquel diálogo.

— Si, hijos míos — dijo la heroica mujer — estais de acuerdo y yo con vosotros. Gracias á vuestra energía y á vuestra inteligencia habeis podido proveer á todas las necesidades de la vida, y habeis restituido á todos los elementos materiales el lugar que les corresponde segun su valor y mérito. Habeis resistido en estas tierras desoladas de la proscripción aquellos tiempos primitivos llamados por los poetas la *edad de oro*. ¡Ojalá que dure mucho tiempo!

— La edad de oro — replicó Nicolas con gran oportunidad — debió ser el tiempo en que el oro no tenia valor alguno, y en que todo el mundo podía pasarse sin él: á propósito, amigo Santiago, ¿qué piensas tú de todo esto, pues no dices una palabra desde la aparición de nuestra cafetera? No acierto á explicarme la sinistra impresion que te produjo el ver este utensilio, y las reflexiones que te ha sugerido.

El joven indio levantó muy despacio la cabeza. Un largo suspiro salió de su oprimido pecho.

— Hace mucho tiempo — dijo con sorda voz — tanto, que los más viejos apenas lo recuerdan, la tribu de los aramichaux, descendiente de los antiguos caribes, era grande y poderosa. Sus cercados eran numerosos, fértiles y notables por el esmero de su cultivo. Sus territorios de caza parecían que jamas habian de agotarse. Los hombres rojos vivian en la abundancia. Amaban á sus hijos, y respetaban á los ancianos. El oro, que era muy abundante, se empleaba como aqui en los usos más comunes. Nadie tenia idea de su valor. Una punta de flecha de oro era preferible á una de hueso, de pedernal, ó á un curmuri, porque era más sólida. Una vasija de oro valia más que el *caí* hecho de una calabaza, porque no se rompía y era capaz de resistir al fuego. Los cuchillos de oro servian para cortar la carne con más facilidad que las hojas de piedra. Los aramichaux poseian mucho oro, y fueron felices hasta el dia en que los hombres blancos se presentaron por primera vez. Éstos parecía que se volvian locos al ver el oro. Tenian machetes y sables de acero, ligeros, sólidos y de fácil manejo; hachas que cortaban las fibras de hierro

del curbaril ó del panacoco, lo mismo que si se tratase de la blanda médula del árbol del queso. También tenían perlas, collares, telas y tabaco. Cambiaron á vil precio sus productos por el oro de los aramichaux. Hasta entonces todo iba bien, y la llegada de los hombres blancos no perturbó en nada la felicidad de los hombres rojos. Mas no tardaron en volver llevando ron. El jefe bebió primero el infernal licor y se volvió loco. Era un gran jefe, bueno, justo y honrado por todos. El ron le embruteció. Los principales guerreros también bebieron y se tornaron como él. El cachiri, el vicú y el wapayawaru, las antiguas bebidas de nuestros padres, que producen una embriaguez alegre, fueron reemplazadas por el veneno de los blancos, que enfurece. Aquello fué un delirio. Los huertos quedaron abandonados, y la coza y la pesca olvidadas. Los indios no tenían más que un pensamiento: buscar oro para comprar con. Los blancos multiplicaban sus remesas y se llevaban el oro. Los hombres rojos no pudieron trabajar, y pasaron su vida bebiendo. Emplearon á los mujeres y á los niños para descubrir el metal maldito, y vivieron en la pereza revolcándose en el fango como los caimanes. Las mujeres y los niños no quisieron trabajar sin beber también. La autoridad de los ancianos era descomulgada. Hubo riñas, combates y luchas ferocísimas que diezmaron la población. Desapareció toda noção de lo justo y de lo injusto. Los aramichaux, casi muertos de hambre y en vísperas de no tener alcohol, acometieron á sus vecinos, saqueando sus huertos y robándoles todo el oro que poseían. Desde aquel día quedaron malditos. La guerra aclaró sus fibas, y el agua de fuego mató á los que habían escapado al hierro. Los aramichaux eran más de dos mil el día en que vieron á los blancos. ¡Hoy no viven más que diez!... El jefe que bebió el primer vaso de ron era mi abuelo. Yo soy el último de los aramichaux. Si aquella raza poderosa está noqueada, la culpa es del oro. ¡Ya veis como decía verdad al asegurar que el secreto del oro es mortal! Ha matado á mi abuelo, ha matado á los de mi raza. Yo he pedido libramiento de la muerte, gracias á vosotros, pero no logré combatir mi destino; ¡El secreto del oro será fatal para el último de los aramichaux!

Los Robinsones, vivamente afectados, habían oído sin interrumpirle la ligérra y verídica leyenda, que es la de todas las tribus indígenas de la América intertropical. Aquella raza india tan fuerte y tan valerosa en otro tiempo, tan dulce y tan hospitalaria, está hoy bastardeada, y no tardará en desaparecer, gracias á la avidez de los blancos, que, á cambio de oro han introducido el veneno del alcohol.

Santiago continuó con voz sorda, y como si hablase solo:

—Hace diez años, los aramichaux degenerados quisieron huir de la maldición. Habían dejado su país para aproximarse á los blancos; pero un día decidió mi padre volver á visitar la cuna de sus antepasados. Llevó consigo á su familia y fué á buscarme á casa de mi bienhechor. Regresamos al país del oro, y desde entonces no han visto más europeos. Ni una gota de veneno ha tocado sus labios. Solamente ya he ha-

jado á San Lorenzo, pero no hebo ron. Los domas, teniendo miedo de encumbrar, no han abandonado las cavernas de oro, en cuyos guardianes se han consagrado. Habitan cerca de nosotros á tres jornadas escasas. Han vuelto á la sobriedad, pero ya es demasiado tarde. Nuestra raza maldita no tiene descendientes.

El indio calló y miró á sus huéspedes con aire extraviado. El sudor fluía de su frente, sus dientes rechinaban y un temblor convulsivo agitaba sus miembros. Las fatigas, las privaciones y los sufrimientos pasados, repercutían violentamente en su organismo. Se le declaró una fiebre devoradora, y fué acostado en una hamaca. El hueso Casimiro, siempre dispuesto á ejecutar una acción variatada, se instaló á su lado y le prodigó los cuidados más inteligentes y más caritativos. El enfermo no podía estar en mejores manos.

El acceso presentó desde el principio un carácter penicivoro. Tal fué su intensidad, que, durante muchos días estuvo Santiago entre la vida y la muerte.

Su juventud y su vigor, auxiliados con las prescripciones del anciano triunfaron de la enfermedad. Le abandonó el delirio y cayó el sangriento velo que oscurecía su vista. Estaba salvado. La convalecencia fué muy buena, y al cabo de quince días estuvo un pié tan ágil y tan fuerte como antes.

De buena gana le hubiera asociado Robin á la explotación de los Robinsones; pero el joven expuso tales razones, que no creyó conveniente retenerle por más tiempo. Se le dió un machete, un arco, flechas y provisiones para tres días, y partió derramando lágrimas, después de haber expresado en términos conmovedores su profunda gratitud, prometiendo que no tardaría en volver.

Crezó el bosque, se internó en el bosque, y consiguió orientarse, gracias á su instinto de hombre de los bosques, con tanta exactitud como si hubiera poseído los mejores instrumentos. Al cabo de veinte horas encontró los restos de su tribu, el mismo día en que Benedito, los forzados evadidos y la tropa de Aekombaka se hallaban á la vista de las montañas de oro custodiadas por los aramichaux.

Los miembros de la familia eran presa de una violenta emoción. Si los buscadores de oro no sospechaban su presencia, ellos, en cambio, estaban advertidos acerca dos días, si no de sus intenciones, por lo menos de su próxima llegada.

¿Cómo! ¿Habían de ser inútiles tantas fatigas? ¿De nada serviría aquella reclusión á que se habían condenado durante tantos años? ¿Sería violado una vez más el secreto del oro?

Santiago tembló de pies á cabeza al saber la aproximación de los blancos conducidos por los indios. Cu vago presentimiento le decía que eran los que le habían atormentado. ¿Y quién, sino aquellos miserables, hubiera podido encontrar aquel retiro perdido en medio de la infinita soledad? ¿Cada de véras lamentaba su ligereza y aquella funesta confianza que creyó debía hacer á su bienhechor!

(Se continuará.)

OBRA LAUREADA POR LA ACADEMIA FRANCESA.

## SIN FAMILIA

POR HECTOR MALOT.

TRADUCCIÓN DEL FRANCÉS POR ALFREDO GARCÍA LÓPEZ.

Nuestro guía se detiene; seguramente no sabe dónde está; pero en aquel momento se acerca á nosotros un hombre envuelto en un larguísimo gabán azul y cubierto con un sombrero formado de charol; al receptor de su puño lleva un galon blanco y negro; de su cinturón pende una vaina; es un agente de policía, un *policeman*.

Hablan un rato, y en seguida nos ponemos en camino, precedidos por el *policeman*; cruzamos calles y más calles: me parece ver que algunas casas amenazan ruina.

Por último, llegamos á un corral, en cuyo centro hay una charca.

— *Red Lion Court* — dice el *policeman*.

Segun me dijo Mattia, aquellas palabras que el pronunció varias veces, significan «Patio del León Rojo.»

¿Por qué nos detenemos? Es imposible que hayamos llegado á Bethnal-Green; ¿y vivirán mis padres en aquel corral?

Apénas tengo tiempo para contestar á estas preguntas que surgen en mi inquieto espíritu; el *policeman* ha llamado á la puerta de una especie de tinglado de tablas, y nuestro guía le da repetidas gracias; ¿hemos llegado?

Mattia, que no ha soltado mi mano, me la estrecha y yo le aprieto la suya.

Tan turbado estaba, que no sé cómo se abrió la puerta á que llamó el *policeman*; pero vuelven mis recuerdos á partir del instante en que fuimos introducidos en una vasta pieza, iluminada por una lámpara y por el resplandor del cok que ardía en una chimenea.

Delante de aquel fuego, en un sillón de paja que tenía la forma de un nicho para colocar un santo, habia un hombre inmóvil como una estatua, un anciano de blanca barba, cuya cabeza estaba cubierta por un gorro negro. Sentados uno enfrente de otro, y junto á una mesa, habia un hombre y una mujer: él tendría unos cuarenta años, y estaba vestido con un traje de pana gris; su fisonomía era inteligente, pero dura; la mujer, cinco ó seis años más joven, tenía rubio el cabello, que colgaba sobre un manto de cuadros blancos y negros cruzado por el pecho; sus ojos carecían de expresion, y así en su rostro, que debió haber sido agraciado, como en sus ademanes indolentes, se retrataban la indiferencia y la apatía. En la habitación habia cuatro niños, dos va-

rones y dos hembras, todos rubios del color del lino, como su madre; el mayor de los niños aparentaba tener once ó doce años; la más pequeña de las niñas apénas contaba tres años y andaba arrastrándose por el suelo.

Vi todo esto de una ojeada y ántes de que nuestro guía, el pasante de Greth and Galley, hubiese acabado de hablarme.

¿Qué dijo? Con dificultad pude entender algunas palabras; únicamente hizo mi oído el apellido Driscoll, el mío, segun dijo el curial.

Todas las miradas se habian dirigido á Mattia y á mí, áun las del viejo inmóvil; la niña pequeña no dejaba de mirar á Capi.

— ¿Cuál de vosotros es Kemi? — preguntó en frances el hombre del traje de pana gris.

Di un paso adelante.

— Yo — le dije.

— En ese caso, abraza á tu padre, hijo mío.

Cuántas veces habia pensado en aquel momento, me figuré que por un impulso misterioso me arrojaría en los brazos de mi padre; pero no encontré aquel impulso en mi interior. Sin embargo, le di un abrazo.

— Ahora — me dijo — ahí tienes tu abuelo, tu madre, tus hermanos y tus hermanas.

Me dirigí primero hácia mi madre con los brazos abiertos; ella me dejó que la abrazase, pero no hizo más que decirme algunas palabras ininteligibles para mí.

— Da un apretón de manos á tu abuelo — me dijo mi padre — pero ten cuidado, porque está paralítico.

Tambien di la mano á mis dos hermanos y á mi hermana mayor, y queriendo coger en brazos á la pequeña, no pude porque estaba ocupada en acariciar á Capi, y me reclinó.

Mientras iba así de uno á otro, me indignaba conmigo mismo. ¿Cómo! ¿No sentía el menor placer al encontrarme en el seno de mi familia; tenía padre, madre, hermanos, hermanas y abuelo; habíame remitido á ellos, y mi corazón no palpitaba! Siempre esperé con febril impaciencia que llegase aquel momento, y me volví loco al pensar que yo tambien tendría familia, padres á quienes amar y que me amasen, y estaba embarazado examinándoles curiosamente, y sin encontrar en mi corazón algo que decirles, ni una palabra de cariño! ¿Sería yo un monstruo indigno de tener familia?

Si hubiera encontrado á mis padres en un palacio, en vez de verlos en un tugurio miserable, ¿no experimentaríá hácia ellos los sentimientos de ternura que algunas horas ántes se albergaban en mi alma por unos padres desconocidos, y que entónces no podía expresar á un padre y una madre á quienes veía?

Esta idea me hizo poner rojo de vergüenza; volví al lado de mi madre y la abracé de nuevo, besándola en los labios. Sin duda no comprendió la causa de aquel arrebato, pues en vez de responder á mis caricias me miró indolentemente, y dirigiéndose luego á su marido, encogiendo los hombros muy despacio,



Abraza á tu padre, hijo mío.

le dijo algunas palabras que no entendí, pero que hicieron reír á mi padre. Aquella indiferencia, aquella risa me destrozaron el corazón; parecíame que la expresión de mi ternura no merecía ser acogida de tal modo.

Peró no me dejaron tiempo para entregarme á mis meditaciones.

—¿Y ése? — preguntó mi padre señalando á Mattia. —¿Quién es?

Explicué los lazos que me ligaban á Mattia, esforzándome en dar á mis padres la expresión de la amistad y del reconocimiento que le debía.

—Bueno—dijo mi padre;—ha querido ver tierras. Iba á responder, pero Mattia no me dejó hablar.

—Precisamente—dijo.

—¿Y Barberin? — preguntó mi padre. —¿Por qué no ha venido?

Dije que Barberin había muerto; circunstancia

que fué una gran decepcion para mí cuando llegamos á París despues de haber sabido en Chavaux, por la tia Barberin, que mis padres me buscaban.

Mi padre trujo á mi madre lo que yo acababa de decirle, y creí comprender que le respondia que estaba bien; ésto fué que pronunció varias veces las palabras *well y good*, que yo conocia. ¿Por qué estaria bien que Barberin hubiese muerto? No sé que contestarme á esta pregunta.

—¿No sabes inglés? — dijo mi padre.

—No sé más que el francés y el italiano, porque me le enseñó mi abao á quien Barberin me habia alquilado.

—¿Vitalia?

—¿Habeis salud?...

—Barberin me dió á conocer su nombre cuando estubo á buscarme en Francia hace algun tiempo. Pero debes tener curiosidad por saber la causa de no haberte buscado durante trece años, y de que súbitamente hayamos tenido idea de averiguar el paradero de Barberin.

—¡Oh! sí; tengo muchas cosas de saberlo.

—Acércate al fuego, te lo contaré todo.

Al entrar habia arrojado el arpa contra la pared; me quitó el zurrón y fué á colocarme en el silló que me indicaban.

Pero al extender las piernas mojadas y cubiertas de barro, delante de la lumbre, el abuelo empezó hacerme un lado sin decir palabra; no necesité más explicaciones para conocer que le molestaba, y retiré las piernas.

—No hagas caso — dijo mi padre — el viejo no quiere que nadie se ponga delante del fuego; pero si tienes frío, calientate; no tengas miramientos con él.

Me quedé absorto al oír hablar de aquel modo de un viejo con el pelo blanco; yo creí que si habia que guardar consideraciones á alguien, era á él, y puse los pies en los patos de la silla.

—Tú eres nuestro primogenito — dijo mi padre — y has nacido un año despues de mi casamiento con tu madre. Cuando nos enlazamos, tenia ésta una hija que pensaba casarse conmigo y que nos cobró un odio feroz al ver que no se realizaban sus proyectos. Para vengarse, y precisamente el día en que cumplian seis meses, te robó llevándote á Francia y abandonándote en las calles de París. Hicimos todas las indagaciones posibles, pero sin ir á esa capital, pues no podíamos pensar que te hubieran llevado tan lejos. No te encontramos, y ya te creíamos muerto y perdido para siempre, cuando hace tres meses, hallándose aquella mujer gravemente enferma, confesó antes de morir toda la verdad. Me dirigí en seguida á Francia, yendo á casa del comisario de policia del barrio donde fuiste abandonado. Supe allí que te adoptó un albañil de Creusse, el mismo que te habia recogido, y al punto me trasladé á Chavaux. Dije á Barberin que te habia alquilado á Vitalia, un músico ambulante, y que recorrerias con él la Francia. Como yo no podia permanecer por más tiempo fuera de mi casa, ni ponerme en persecucion de Vitalia, encargué á Barberin este cuidado, dándole dinero para que fue-

se á París. Al mismo tiempo le recomendé que participara lo que supiese á mis apoderados MM. Greff and Gulley. No le di las señas de esta casa porque solamente en el invierno es cuando vivimos en Londres; durante el verano viajamos por Inglaterra y Escocia para ejercer nuestra profesion de mercaderes ambulantes, con nuestros carruajes y nuestra familia. Hé aqui, hijo mio, de qué modo te hemos encontrado y cómo, despues de trece años, vuelves á ocupar en la familia el puesto que te corresponde. Comprendo que estés algo cohibido porque no nos conoces ni entiendes lo que decimos; pero me parece que no tardarás en acostumbrarte.

En efecto, no tardaria en acostumbrarme; ¿acaso no estaba en el seno de la familia y no iba á vivir con mis padres y mis hermanos?

Los ricos pañales no habian dicho la verdad. Ésto era una desgracia para la tia Barberin, para tíse, para M. Acquin y para todos los que me habian querido y amparado. Era imposible que yo hiciera por ellos lo que pensaba, porque unos mercaderes ambulantes, que habitan en un cobertizo, no deben ser muy ricos. En cuanto á mí, nada me importaba esta circunstancia. Tenia una familia, y todo lo que yo me habia imaginado respecto de la fortuna de mis padres era un sueño infantil. El cariño vale más que todas las riquezas, y no era dinero lo que yo necesitaba, sino amor.

Mientras escuchaba el relato de mi padre, con atencion extraordinaria, habian preparado la mesa para comer: platos con flores azules, y en una fuente de metal, un enorme trozo de vaca cocida y rodeada de patatas.

—¿Teneis hambre, muchachos? — nos preguntó mi padre dirigiéndose á Mattia y á mí.

Por toda respuesta enseñó Mattia sus blancos dientes.

—¡Ea, á la mesa! — dijo mi padre.

Pero antes de sentarme acerqué el sillón de mi abuelo. Luego tomé el asiento de espaldas al fuego y comencé á cortar el *roastbeef*, sirviendo á cada uno un buen pedazo con patatas.

Aunque no me habian educado con arreglo á los principios de buena crianza, ó por mejor decir, aunque no me habian educado de modo alguno, no dejé de observar que mis hermanos y mi hermana mayor comian muchas veces con los dedos, introduciéndolos en la salsa y pasando por ellos la lengua sin que mis padres hiciesen atencion. El abuelo no cuidaba mas que de su plato, y la única mano de que podia servirse iba sin cesar del plato á la boca y de la boca al plato; cuando se le escapaba algun pedazo de sus temblorosos dedos, mis hermanos se reian de él.

Acabada la cena, creí que pasaríamos la noche al calor de la lumbre; pero mi padre me dijo que esperaba algunos amigos y que debíamos acostarnos; tomó una vela y nos guió á una cochera que comunicaba con la habitación en que habiamos comido, y en la cual se veian dos grandes carruajes de esos que sirven generalmente para los mercaderes ambulantes. Abrió la puerta de uno, en cuyo interior habia dos cañas sobrepuestas.



— Ahí tenéis vuestras camas — dijo; — dormid bien.

Esta fue mi recepción en mi familia, en la familia Driscoll.

### CAPÍTULO XXXV.

#### PADRE Y MADRE INTERIORS.

Mi padre nos dejó la vela al retirarse; pero cerró por fuera la portezuela del coche. No había otro remedio sino acostarnos, y así lo hicimos en seguida, sin charlar como teníamos por costumbre todas las noches y sin comunicarnos nuestras impresiones de aquel día tan bien aprovechado.

— Buenas noches, Kenif — me dijo Mattia.

— Buenas noches.



Ahí tenéis vuestras camas.

Tan poca gana de hablar tenía Mattia como yo, lo cual me agradó en extremo.

Pero á pesar de esto no sentía la necesidad de dormir; apagada la vela, me fué imposible cerrar los ojos y empecé á meditar acerca de todo lo que había sucedido, dando vueltas en aquel raquítico lecho.

Mientras estuve reflexionando oí á Mattia, que dormía en el colchón colocado sobre el mío, agitarse y moverse, lo que probaba que tampoco podía dormir.

— ¿No duermes? — le dije en voz baja.

— Todavía no.

— ¿Estás malo?

— No, muchas gracias; al contrario, estoy muy bien; únicamente me parece que todo da vueltas al rededor como si áun estuviese embarcado; á veces creo que el coche se hunde y se levanta girando sobre sí mismo.

¿Era el mareo lo único que impedía á mi amigo conciliar el sueño? ¿Serían iguales á los míos los pensamientos que le mantenían en vela? Me quería

bastante y estábamos demasiado unidos por los lazos del afecto, para que no sintiese lo mismo que yo.

No llegó el sueño, y el transcurso de las horas aumentaba el vago temor que me oprimía el alma. Al principio no pude discernir cuál era la impresión que dominaba á todas las demas que se revolaban en mi cabeza con vertiginosa rapidez; pero luego observé perfectamente que era el miedo. ¿Miedo de qué? Lo ignoraba, pero le tenía. Y no era, en verdad, por estar acostado en aquel carruaje en medio del miserable barrio de Bethnal-Green. ¿Cuántas noches en mi vagabunda existencia no estuve tan avergonzado como estaba en aquel momento! Tenía la convicción de hallarme al abrigo de todo daño, y sin embargo, no podía desear el terror; cuanto más trataba de vencer aquel espanto, ménos conseguía tranquilizarme.

Pasó el tiempo sin que pudiera darme cuenta de que avanzaba la noche, pues en los alrededores no había reloj que tocase las horas. De pronto, oí un ruido bastante fuerte en la puerta de la cochera que daba á otra calle distinta que la del patio del Leon Rojo; sonaron algunos golpes con intervalos iguales, y llegó un resplandor hasta el carruaje.

Vivamente sorprendido miré á mi alrededor, y Capi, que dormía junto á mi cabe, se levantaba para ladrar; entónces vi que aquella luz llegaba por una pequeña ventana abierta en un costado de nuestro coche, contra el cual estaban apoyados los catres, y en la que no reparé al acostarme, pues la cubría una cortinilla; la mitad de aquella ventana daba sobre el catre de Mattia, y la otra mitad sobre el mío. No quise que Capi alborotara á las gentes de la casa, y tapándole el hocico con la mano, me puse á mirar lo que ocurría.

Mi padre, que había entrado en la cochera, abrió, sin hacer el más ligero ruido, la puerta de la calle, cerrando de igual modo luego que hubieron entrados dos hombres que llevaban sobre sus espaldas unos voluminosos fardos.

Entónces se puso un dedo en los labios, y con la otra mano, en la que tenía una linterna sorda, señaló el coche en que estábamos acostados; esto significaba que no hicieran ruido para no despertarnos.

Me agradó mucho aquella prueba de atención y estuve tentado por decirle que no se inquietasen por mí, puesto que no dormía; pero como Mattia se hubiera despertado al oírme, tomé el partido de callar.

Mi padre ayudó á los dos hombres para descargar los fardos, y luego se marchó, no tardando en volver con mi madre. Durante su ausencia abrieron los hombres sus paquetes: uno estaba lleno de piezas de tela, y en el otro había géneros de punto, como medias, calcetines y gran cantidad de guantes y calzoncillos.

Entónces comprendí lo que al principio me llenó de asombro: aquellos hombres eran comerciantes que venían á vender sus mercancías á mis padres.

Mi padre tomaba objeto por objeto, le examinaba á la luz de la linterna, entregándosele á mi madre, que con unas tijeritas cortaba las etiquetas y se las guardaba en el bolsillo.

Aquello me pareció un poco raro, así como la hora escogida para verificar la venta.

En tanto que procedía al exámen de los objetos, dirigía mi padre algunas palabras á los hombres que trajeron los fardos. Si yo hubiese conocido el inglés, hubiera podido entender aquellas palabras; pero no se entiende bien lo que no se comprende: los únicos nombres que se me quedaron impresos fueron *bob* y *polliceman*.

Cuando estuvo bien revisado el contenido de los fardos, mis padres y los dos hombres salieron de la cochera para entrar en la casa, y de nuevo nos hallamos en la más completa oscuridad; era evidente que iban á arreglar sus cuentas.



Bajo los bultos á una cueva.

ambien por entre la cortina de la ventana; pero aquella vez lo hice contra mi voluntad, mientras que la primera obedecí al deseo de saber lo que pasaba. Comprendía que no debía mirar, y sin embargo, miraba. Me decía que era preferible no saber nada, y no obstante, quería saberlo.

Mi padre y mi madre estaban solos. Mientras que ésta formaba rápidamente dos bultos con los objetos recién traídos, aquél barria el suelo en un rincón de la cochera. Debajo de la tierra seca que quitaba á grandes escobazos, no tardó en aparecer una trampa; la levantó, y cuando mi madre hubo acabado de atar los dos paquetes, los bajó á una cueva cuya profundidad no pude ver. Terminada aquella operacion, volvió á subir, cerró la trampa, y con auxilio de la escoba extendió de nuevo la tierra que ántes había quitado. Ya no era posible conocer el sitio en que se hallaba la trampa, pues encima esparcieron paja de que estaba cubierto el piso de la cochera.

Después salieron.

En el momento en que cerraban muy despacio la puerta de la casa, me pareció que Mattia se agitaba en su catre como si pusiese la cabeza en la almohada.

¿Habrá visto lo que acababa de pasar?

Traté de hacerme ver que todo lo que había presenciado era muy natural, y sin embargo, no pude convencerme á mí mismo. ¿Por qué no habían entrado aquellos hombres que venían á casa de mis padres por el patio del León Rojo? ¿Por qué habían hablado de la policía en voz baja como si temiesen ser oídos desde fuera? ¿Por qué había cortado mi madre las etiquetas que colgaban de los objetos comprados?

Estas preguntas no eran á propósito para que me durmiese, y como no encontraba respuestas satisfactorias, traté de arrojarlas de mi espíritu, pero fué en vano. Pasado algun tiempo, vi de nuevo que la luz entraba en nuestro carruaje, y de nuevo miré

No me atrevi á preguntárselo. Ya no me abrumaba aquel vago temor; sabía á qué atenerme; y desde la cabeza hasta los piés me sentí bañado por frío sudor.

Así pasé toda la noche; el canto de un gallo me anunció que se acercaba la mañana; entonces me dormí, pero con un sueño febril y pesado, lleno de pesadillas que me acongojaban.

El ruido de una cerradura me despertó y vi que abrían la portezuela del carruaje; pero creyendo que mi padre vendría á mandar que nos levantásemos, cerré los ojos para no verle.

— Es tu hermano — dijo Mattia — que nos pone en libertad; ya se ha marchado.

Nos levantamos; Mattia no me preguntó si había dormido bien, y yo no le dije nada. Cuando me miró una vez, volví la vista á otra parte.

Fuimos á la cocina, pero no estaban allí mi padre ni mi madre; mi abuelo seguía sentado junto al fuego como si no se hubiera movido desde la víspera; mi hermana mayor, que se llamaba Annie, limpiaba la mesa, y mi hermano Allen barria el suelo.

Me acerqué á ellos para darles la mano, pero continuaron sus faenas sin responderme.

Entonces llegué junto á mi abuelo, y lo mismo que

el día anterior, escupió hacia mí, con lo cual me detuvo en el camino.

—Pregunta—dije á Mattia— á qué hora podré ver á mi padre y á mi madre esta mañana.

Hizo Mattia lo que le dije, y cuando el abuelo oyó hablar inglés, se dulcificó un tanto; su fisonomía perdió la dureza habitual y tuvo á bien responder:

—¿Qué dice?—pregunté.

—Que tu padre ha salido y no vendrá en todo el día, que tu madre está durmiendo y que podemos ir á pasear.

—¿No ha dicho más que eso?—pregunté pareciéndome que la traducción era muy corta.

Mattia estaba turbado.

—No sé si he comprendido bien lo demás—repuso.

—Dí lo que hayas entendido.

—Me parece que ha dicho que si encontramos una buena ocasión no la desperdiciemos, y luego ha añadido, estoy seguro: «No olvides este consejo; es preciso vivir á expensas de los imbéciles.»

Sin duda adivinó mi abuelo lo que Mattia me explicaba, pues al oír sus últimas palabras hizo con la mano que tenía libre un movimiento como si se metiese algo en el bolsillo, y al mismo tiempo guiñó un ojo.

—Vámonos—dije á Mattia.

Durante dos ó tres horas nos paseamos por las inmediaciones del patio del Leon Rojo, temerosos de extraviarnos, y visto por el día, me pareció Bethnal-Green más feo que por la noche. Por todas partes, así las casas como sus habitantes, ofrecían el aspecto más miserable que se puede concebir.

Mattia y yo nos mirábamos, pero sin decir una palabra.

Después de dar vuelta á una esquina nos encontramos enfrente de nuestro patio, y entramos en él.

Mi madre se había levantado y desde la puerta la vi con la cabeza apoyada en la mesa. Creyendo que estaría enferma corrí hacia ella para darle un beso, ya que no podía hablarla.

Día un abrazo; levantó la cabeza moviéndola á un lado y á otro, y me miró aunque sin verme; entónces percibí un fuerte olor á ginebra que se exhalaba de su boca y que me hizo retroceder. Ella dejó caer la cabeza sobre los brazos que tenía tendidos encima de la mesa.

—Gin—dijo mi abuelo.

Y me miró sonriéndose y diciendo algunas palabras que no pude comprender.

Al principio me quedé inmóvil como si estuviera privado de sentido, y pasados algunos segundos, miré á Mattia, que también me miraba derramando lágrimas.

Le hice una seña y volvimos á salir.

Durante largo tiempo anduvimos uno al lado de otro cogidos por la mano, sin pronunciar una palabra y marchando de frente, ignorando á dónde nos dirigíamos.

—¿Á dónde te propones ir de este modo?—preguntó Mattia con cierta inquietud.

—No sé, á un sitio en el que podamos hablar.

Tengo que decirte muchas cosas y no podría aquí en medio de esta multitud.

En mi vida errante por los campos y por los bosques me había acostumbrado, en la escuela de Vitalis, á no decir nada de importancia cuando estábamos en medio de una calle de ciudad ó de aldea, y siempre que me hallaba entre los transeúntes perdía el curso de mis ideas.

En el momento en que Mattia me hizo aquella pregunta llegábamos á una calle más ancha que las pasadas y á cuyo fin me pareció ver algunos árboles. Acaso sería el campo; nos dirigimos hacia aquel lado y vimos que no era el campo, sino un inmenso jardín con grandes y verdes praderas y bosquecillos de árboles diseminados en su extensión. El sitio era á propósito para hablar.

Había adoptado mi resolución, sabiendo lo que debía decir.

—Ya sabes cuánto te quiero, mi buen Mattia—dije á mi camarada cuando estuvimos sentados en un banco—y también sabes que por un sentimiento de amistad te he rogado que me acompañes á casa de mis padres. ¿No dudarás de mi amistad aunque te pregunte lo que quiera?

—¿Qué tonto eres!—dijo esforzándose para sonreírse.

—Tú querías reír para que yo no me enterneciera; pero no importa, ¿con quién puedo llorar sin contigo?

Y echándome en brazos de Mattia empecé á llorar; nunca me creí tan desgraciado cuando estaba solo en medio del mundo.

Después de sollozar por largo rato, hice esfuerzos para calmarme: no había llevado á Mattia á aquel lugar para que me compadeciese, no por mí, sino por él.

—Mattia—le dije—es preciso que salgas de aquí y vayas á Francia.

—¿Abandonarte yo, jamás!

—De antemano sabía lo que habías de contestarme, y te aseguro que tus palabras me hacen muy feliz; sin embargo, es necesario que me dejes para ir á Francia, á Italia, donde quieras, poco importa, siempre que no te quedes en Inglaterra.

—Y tú, ¿dónde vas á ir? ¿dónde quieres que vayamos?

—¡Yo! Yo tengo que permanecer aquí en Londres al lado de mi familia; ése es mi deber. Toma el dinero que nos queda, y véte.

—No digas eso, Kemi; si alguno ha de marcharse eres tú.

—¿Por qué?

—Porque...

No acabó la frase y separó sus ojos de los míos que le interrogaban.

(Se continuará.)

# INGLESES Y ESPAÑOLES EN EL POLO SUR.

## AVENTURAS Y DESCUBRIMIENTOS EN LA ZONA GLACIAL ANTÁRTICA,

POR D. JOSÉ MORENO FUERTES.

Y así diciendo, corrió hacia la inmensa hoguera y se precipitó en su ardiente foco.

### II.

El cerebro mejor organizado al experimentar perturbadoras impresiones, al sentirse conmovido por la pasión ó las contrariedades de la vida, que hieren al hombre cuando ménos lo espera, sufre en sus facultades mentales hondo trastorno, si al aturdimiento, si al instantáneo extravío causado en él no opone al punto la frialdad del raciocinio, la hueldez de la inteligencia. La perturbación moral se apodera entonces del cerebro, y la demencia, revistiendo alguno de sus terribles ó extravagantes caracteres, atrofia la razón sometiénola á terribles pruebas.

Entre el juicio y la locura no existe valladar alguno; nadie conoce los límites naturales en que se tocan y confunden estos dos opuestos polos. Al hombre que mostró durante muchos años mayor serenidad y firmeza de discurso véase perder de pronto, por alguna causa perturbadora, manifestada de imprevisto, la plenitud del entendimiento, y que extrañas aberraciones se posesionan de él. Tal sucedió al irascible Juan Ballesta.

Había luchado hasta allí con las contrariedades que su humor atrabiliario y oposicionista le creaba; su fuerza de voluntad siempre, por lo común, se impuso á todo; pero la situación en que el inesperado encuentro de su hija le colocaba trastornó de tal suerte su carácter, sus instintos, su especial manera de ser, que tomábasele por otro hombre, al ménos en cuanto á Clotilde se refería.

La actitud de la jóven en la terrible escena habida entre los dos últimamente conmovió tanto la energía del último, que faltó poco para que cayese al suelo como herido del rayo cuando su hija le maldijo.... Afortunadamente, William estaba cerca de él y pudo sostenerle y alentarle á media voz.... Pero su inteligencia había experimentado un rudísimo choque, estaba herida de muerte.

La súbita aparición de los hombres-fieras dió un giro inesperado á la situación. Sin concertarse previamente españoles ó ingleses, ante el peligro común, dieron tregua á sus rencores y antagonismos, y por un movimiento simultáneo, apercibiéronse á la defensa, apoyándose en el fuerte, en el cual se refugiarian si la lucha les era desfavorable.

William, que poseía el valor del asesino, no el que afronta con ánimo resuelto las más difíciles situacio-

nes, decidió no esperar la embestida de los antropófagos, y aprovechándose del arremolinamiento y la confusión de los primeros instantes, huyó velozmente hacia la playa, llevando en pos de él, asido del brazo y casi á remolque, al misero Juan Ballesta.

Dácil como un niño corria éste al par de su guía. No sabré decir si obraba por instinto de conservación, por carecer de voluntad propia, ó bien que, por el trastorno, de su cerebro no tuviese conciencia de sus actos.

Lo cierto es que corria desesperadamente y que, de vez en cuando, palabras entrecortadas, apenas inteligibles, salían de su boca. En una ocasión detuvo un momento á William y le dijo, mirando hacia atrás con extraviados ojos:

— ¡Hemos sido descubiertos!.... todavía nos persiguen.... ¡Huyamos! ¡Ah! ¡rayos del infierno! Si ahora he perdido el lance, en otro me vengaré.... ¡Si, me vengaré!

William no hizo aprecio alguno de estas frases; echó á correr de nuevo en direccion de la playa, de la que ya distaba poco; el capitán gibraltareño le siguió. En breve pisaron las arenas de la orilla del mar y allí su buena suerte le deparó un bote, que, amarrado á unas piedras, se balanceaba en el líquido elemento; pertenecía al *Baltasar Ballesta*.

Aquella mañana vinieron á tierra algunos de sus tripulantes y dejaron atada la canoa para regresar despues á bordo. William no vaciló; él y su capitán penetraron en el agua, y con ella á la cintura llegaron adonde estaba el bote y se apoderaron de él. Los buques españoles estaban anclados á mucha distancia; ampuñó los remos el marinero de la nariz roja y púsose á remar con grande energía, sin proferir una palabra, automáticamente; Juan Ballesta imitó su ejemplo.

Y remaron, remaron con desesperación durante largas horas. No temía entonces William la persecución de los hombres-fieras; le inquietaba sólo que les hubiesen avistado desde las naves españolas y salieran en seguimiento suyo; pero sus temores no llegaron á cumplirse.

Á bordo de aquellos buques no podía imaginarse que fueran ingleses los que tripulaban el bote; supúsose que dos de sus marinos irían á practicar algun reconocimiento.

La noche estaba próxima. William sentía que se agotaban sus fuerzas, pues tanto tiempo remando era para rendir al hombre más robusto; en cambio, su

capitán, que bogaba con el mismo ardor que él, apenas daba muestras de cansancio; el aliento de aquel espíritu batallador era incansable.

Antes de que desapareciese el sol del horizonte dieron vista al *Great-Britain*; William cobró ánimos y remó con más ahínco. Era bien entrada la noche cuando abordaron al buque; William no hizo caso alguno de la extrañeza ni de las preguntas de sus ca-

maradas; condujo á la cámara al capitán, le dejó allí sentado, y él subió á echarse en su hamaca, lo cual hizo despues de tomar un buen sorbo de jim; á poco quedóse profundamente dormido.

El extravío cerebral de Juan Ballesta originó la catástrofe del *Great-Britain*. Muchos de sus tripulantes, sorprendidos por ella, perecieron miserablemente; entre las víctimas se encontraba el marinero



Y así diciendo, corrió hacia la inmensa hoguera y se precipitó en su ardiente foco.

de la nariz amoratada. El buque inglés, casi instantáneamente, se fué á pique.

### III.

No sólo John Crossbow y su satélite fueron los únicos que, al ver á los hombres-fieras, pusieron piés en polvorosa, como suele decirse; algunos les imitaron, si bien no cundió el ejemplo; los demas, españoles é ingleses, cuando los canibales se hallaron á tiro hicieronles una descarga cerrada que dió la muerte á algunos.

Pero aquellos hijos de la Naturaleza eran más bravos y terribles que las mismas fieras; desconocían

el peligro, y prorumpiendo en espantables alaridos y gesticulando como demonios siguieron avanzando á la carrera.

Otra descarga, que casi sufrieron á boca de jarro, tampoco bastó á contenerlos. Los europeos tomaron entonces la resolución de encerrarse en el fuerte; pocos, desgraciadamente, lo consiguieron.

Terrible escena de muerte y horrores se siguió despues. La misma Clotilde estuvo á punto de ser víctima de los hombres-fieras; uno de éstos se abalanzó sobre ella esgrimiendo sus formidables brazos; pero *Maese Pedro* se interpuso oportunamente, no sin que él sucumbiera en el terrible combate que em-

prendió con el monstruo. El inteligente congután, que echaba por tierra á cuatro hombres usidos á su cuerpo, encontró un antagonista de superior pujanza en aquella especie de congénere suyo.

*Mosa Pedro* pereció; gracias á él Clotilde pudo salvar la vida; también le consiguieron don Francisco Poey y algunos de los antiguos conocidos del lector; pero el peligro estaba aún en pie.

Tan luego los canibales se apercibieron de que se les escapaba el resto de sus víctimas, avanzaron en compaña melancólica sobre el fuerte; pasaron el foso, que estaba seco, porque la imprevista del ataque no dió tiempo á los españoles para abrir la esclusa establecida al exterior, que las aguas del torrente le llenasen; atacaron después la empalizada, y su formidable empuje, arrancando con facilidad sus más enormes maderos, á pesar de su sólida trabazón, demostraba que pronto serían dueños del recinto.

Útiles eran los repetidos disparos que desde el fuerte les hacían; por cada uno que cayese muerto abalanzábase un centenar de aquellos monstruos.

Los españoles comprendieron que era necesario abandonar el fuerte ántes de que abriese brecha en la estacada. Por la parte opuesta al lugar atacado, en la cual había un portillo, salieron los que quedaban con vida, después de proveerse de algunos víveres y efectos indispensables.

Dirigiéronse á la inmensa caverna que días atrás había sido visitada por el sabio con un objeto puramente científico. Interpuestos los canibales entre ellos y la bahía en que estaban fundeados sus buques, les era imposible refugiarse en ellos; tampoco podían recibir de sus camaradas inmediato auxilio; la gran distancia que entre las naves y el campamento existía dificultaba que la gente de á bordo pudiera abrirse de lo que pasaba en tierra; no les quedaba, pues, más recurso que ampararse de la ciudad caverna; tal vez allí podrían sustraerse á la persecución de que eran objeto.

Estas reflexiones movieron al doctor Poey á adaptar aquel partido ordenando el abandono de la fortaleza; el resultado correspondió plenamente á sus esperanzas. Cuando los hombres-fieras, ansiosos de sangre y de muerte, penetraron en el recinto, haciendo trizas cuanto encontraban por delante, ya se hallaban los fugitivos á gran distancia de allí.

Aunque sus perseguidores pusieron rápidamente sobre su pista, no lograron alcanzarlos. Por el pronto, al ménos habían escapado á una muerte segura.

Los antropófagos detuvieronse sorprendidos y temerosos ante la estrecha abertura que daba acceso á la caverna. El impetuoso viento que de ella salía, y los silbidos y extraños ruidos que interiormente resonaban, causábanles singular impresión; sus móviles fisonomías expresaban un desconocido malestar.

Aquellas horribles criaturas sentíanse poseídas de vagos é instintivos terrores ante los misterios de la Naturaleza.

Pasaron algunos días. Los fugitivos, después de recorrer la caverna en un largo trayecto, instaláronse

en una especie de inmensa cámara, provista en uno de sus extremos de un ancho tragaluz, obra de la Naturaleza, por el cual, á lo lejos, se veían las aguas de un gran lago. Clotilde estuvo á las puertas de la muerte; su convalecencia fué penosa, pues se hallaba tan débil, que para dar algunos pasos por la caverna necesitaba el auxilio de un bastón y de Algüen que la sostuviese.

Algunas veces desempeñaba este cometido el indio *Tacutan*; los diéhos del negro y los halagos de *Urdemalas* solían distraer los pesares de la pobre Clotilde.

Aunque los hombres-fieras rehuían penetrar en la gruta, tan levantaron el campamento; continuaban al acecho por los alrededores, en la esperanza de ver salir á los fugitivos. Éstos estaban verdaderamente bloqueados; algunos hombres de buena voluntad intentaron, durante la noche, salir de la caverna; pero á los primeros pasos tuvieron que refugiarse en ella. Los antropófagos vigilaban constantemente.

La situación hacíase incostenible por instantes; tocaban á su término los víveres á pesar de haberse puesto todos, excepcion hecha de Clotilde, á un tercio de ración.

En balde se había explorado la caverna en distintas direcciones buscando otra salida; aquellas subterráneas cavidades se prolongaban á inmensas distancias; no era posible, por tanto, comunicación alguna con las embarecaciones; sólo quedaba á aquellos infelices un recurso, que no se había intentado aún por las dificultades que ofrecía su ejecución.

No había, pues, más remedio que aventurarse á intentar la salida por el tragaluz á que hice ántes referencia; pero dicha abertura estaba situada en el corte vertical de una montaña, á más de 80 pies sobre el nivel del suelo y dando frente al N. N. O., esto es, al lugar opuesto en que se hallaban anclados los buques.

El problema de la salvacion común sólo era resolvable bajo el dicho aspecto. Arriesgada parecía la empresa, mas en el abrumador estado en que se hallaban aquellas gentes debía intentarse todo ántes que perecer allí de inanición.

Por último, el día 29 de Febrero, después de muchas penalidades y angustias, lograron los fugitivos posar las plantas en el puente del *Balazar Ballesta*; los ingleses que les acompañaban fueron generosamente instalados á bordo.

Á tiempo llegaron Clotilde y sus compañeros á la embarecacion, porque Dionisio Alvarez, que actuaba de jefe de la escuadrilla, viendo que resultaban inútiles sus pesquisas para hallar á los fugitivos, pues no pudo extenderlas á más allá del fuerte, porque con su anteojo apercibía á los hombres-fieras en constante acecho; dando por seguro ya su triste fin, y atendiendo á lo avanzado de la estacion, había decidido dar la vuelta á España cuanto antes.

No sin graves accidentes llegó el resto de la expedición á las aguas de Algeciras. El buque de este nombre, después del mar deshecho de los temporales, se hizo pedazos sobre unos arrecifes; solo el *Balazar Ballesta* pudo arribar al puerto de salida. Esto

embarcación llevaba á bordo el cadáver de su malogrado capitán; la desdichada Clotilde, desde el ataque de los caníbales, aun en medio de los mayores peligros, no consintió en abandonar ni en separarse un solo momento de aquellos amados despojos.

Poco satisfactorias en resultados prácticos fueron

las expediciones que españoles é ingleses, respectivamente, enviaron á las inhospitalarias regiones del polo Sur.

Solo una de aquellas cuatro hermosas embarcaciones volvió á los mares de la patria. Más de la mitad de los expedicionarios españoles sucumbió en aquella



Necesitaba el auxilio de un bastón y de algún que le sustentase.

peligrosa exploración, y sólo un reducido número de hijos de la Gran Bretaña tornó á ver las opacas nieblas de sus islas.

Es verdad que cada uno de los que sobrevivieron á tantos y tan serios accidentes llevó consigo á Europa una fortuna. Pero pocos, muy pocos de ellos lograron conservarla, y ménos aún hacerla prosperar.

Habiase descubierto un país de maravillas y riquezas incalculables, mas le habitaba una raza primitiva, que, dado su embrutecimiento, no podía someterse ni civilizarse; los nuevos colonizadores de aquellas tierras no debían pensar en reducirla, sino en exterminarla; para esto necesitábase una expedición numerosa, militarmente organizada y provista de cuantos recursos proporciona en estos tiempos el destructor arte de la guerra.

Estas apreciaciones, con alguna de las cuales yo estoy conforme, hicieron en Europa ciertos hombres, que se tienen por prácticos en tales asuntos, cuando fué conocido el resultado de las exploraciones antárticas, realizado simultáneamente por navas españolas é inglesas.

Treinta y tres años hace que el capitán Félix Ballesta tomó posesión en nombre de su patria de aquellos distintos países, pero aun no han pensado los gobiernos españoles en utilizarse del maravilloso descubrimiento.

Es verdad que tampoco los ingleses se han movido á nada desde entónces, aunque es general creencia entre ellos, que el capitán mercante de la marina británica John Crossbow fué el primero que pisó aquel vasto territorio y enarboló en él la bandera del Reino

Unido. El discreto lector conoce cuán falso é injustificable es este supuesto.

Tal vez la poderosa Albion deje pasar años y años, y cuando ménos se piense, aportará á las citadas patrias con una fuerte expedición, y se hará dueña y señora de ellos, sin que los gobiernos de España digan siquiera «esta boca es mía», como sucedió en hace mucho en la isla de Borneo y según pasa al presente en nuestras posesiones del golfo de Guinea y en el Imperio marroquí, donde España está próxima á perder todo derecho, preponderancia é influjo.

Hasta ahora han sido estériles, en el terreno especulativo y civilizador, las vidas de los expedicionarios sacrificadas en las regiones australes.

Sólo la ciencia, gracias á los trabajos y á la incansable laboriosidad del doctor Poey, se ha enriquecido con preciosos datos y noticias referentes á navegación, meteorología é historia natural en sus tres reinos.

Las memorias y numerosos escritos que remitió el sabio á las doctas corporaciones de España y del extranjero, llenaron de asombro, en el antiguo y el nuevo mundo, á los amantes del desenvolvimiento y progresivo adelanto de las ciencias.

FIN.

## UNA TARDE EN SAN JUAN DE LOS REYES EN TOLEDO.

(Continuamos.)

Es el claustro una verdadera maravilla. Sus ventanas resgadas, góticas, están sembradas de infinitos adornos que la dibujan maravillosamente el círcel, como si fuera blanda cera la piedra. Entre las ventanas, y al frente, se levantan bajo doselitos admirablemente trabajados sobre repisas desnudas é labores de una hermosura inexplicable, sirenas, estatus. Los arcos, de un gótico purísimo, forman una bóveda que llama el pensamiento al cielo.

La mano de los franceses profanó este claustro, lo incendió; mostrándose así los soldados del Imperio tan bárbaros como los soldados de Atila. Una tristeza infinita cubre el alma cuando se ven mutiladas las estatuas, rotas las columnas, esparcidas en el suelo las hermosas flores de piedra, suspendido milagrosamente algun trozo de arco de las bóvedas medio arruinadas; é involuntariamente se nublan los ojos de lágrimas considerando aquella triste imagen de la descomposición y de la muerte. Sentado en una piedra me puse á reconstruir con la imaginación el claustro. Me parecía ver concluidos los arcos, puestas en su pedestal las estatuas, cubiertas de vidrios de colores las ventanas, descomponiendo en sus varios matices los rayos de luz; me parecía oír á lo lejos el canto de los monjes, subiendo al cielo acompañado de las notas del órgano, y por aquellas puertas imaginaba que se aparecían Cisneros, Colón, Isabel la Católica, el Gran Capitan, aquellos héroes que sobrellevaban en sus hombros el peso de la tierra.

Los árboles dan á las ruinas un tinte triste en vez

de alegrarlas; las ramas llenas de sávia, los pájaros que cantan, las flores que caen sobre las piedras, el verde lagarto que entre las ruinas se desliza, parecen con el contraste de su vida aumentar la tristeza de la muerte. Mi alma se sumergía, se abismaba en un dolor infinito. ¡Por todas partes ruinas! ¡Ah! En la Naturaleza el árbol que cae deja semilla y produce un nuevo árbol. La guta de agua que se evapora vuelve á caer convertida en lluvia. ¿No ha de suceder lo mismo en el mundo moral? ¿Con estas reliquias del arte no se inspirarán innumerales artistas? Conserve-se estas fuentes de santa inspiración, estos tabernáculos del espíritu de nuestros padres, piedras miliarias que atestiguan el camino que lleva la humanidad en la tierra.

Después de dirigir las últimas miradas al claustro, recogí algunas flores que guardé cuidadosamente; me parecía que en su esencia aspiraba el espíritu cristiano que dió vida al hermoso edificio. El altar de la Naturaleza, el aroma de las flores, es como incienso, que sube incesantemente á los cielos. En esa ciencia misteriosa, invisible, que se pierde en los pliegues del aire, se oculta el alma de la Creación. La materia, cuando es tan tenue como el aroma de la flor, romó los átomos de oro, en que se bañan los mundos, se parece al espíritu.

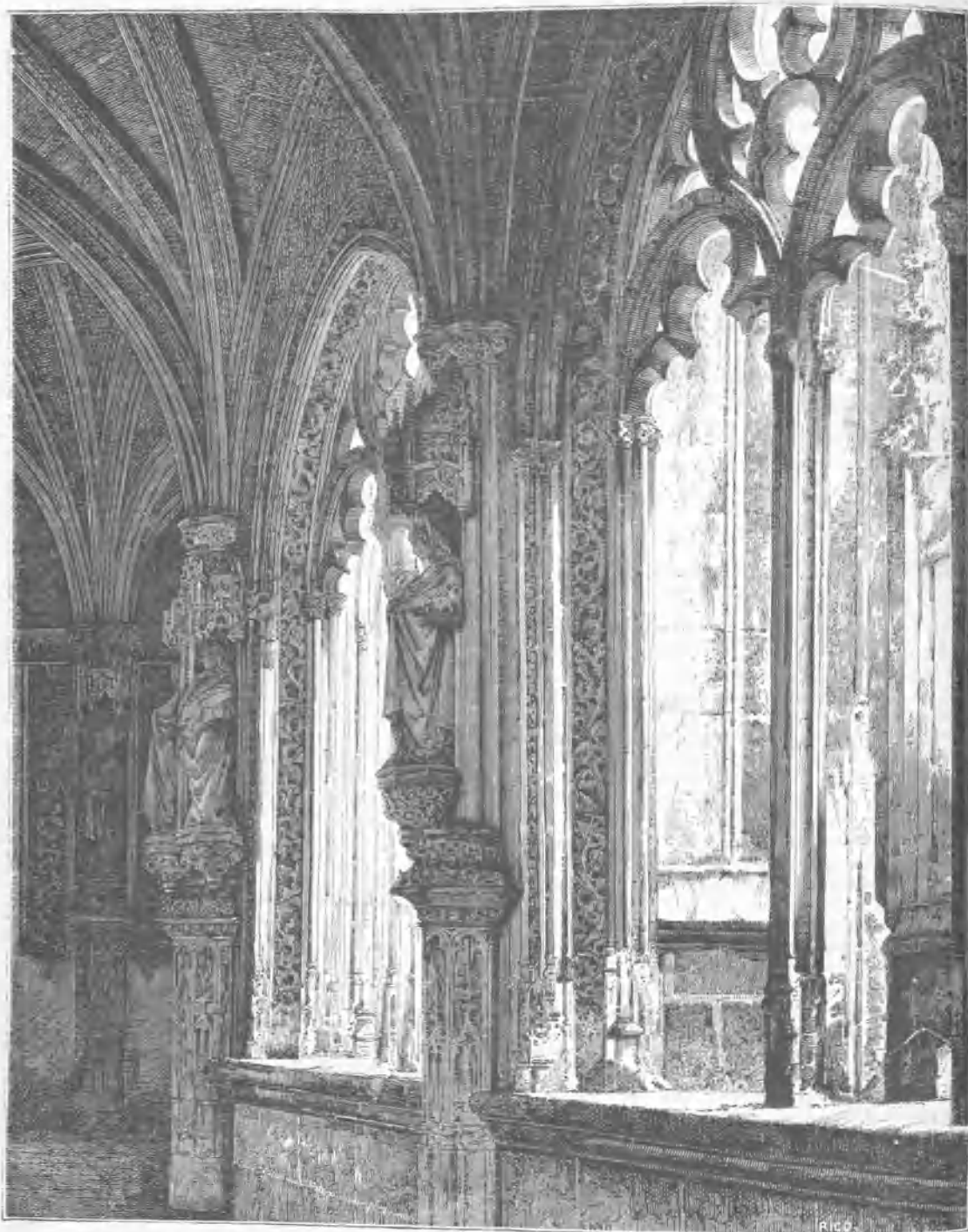
Guardé aquellas flores y me encaminé al templo. Subí á la tribuna con un respeto indecible. Me parecía que los grandes héroes que antes la pisaron, aquellos conquistadores del mundo, reconvenían en mí á todas las generaciones presentes. Me parecía oír á Cisneros que me decía: «¿Dónde está mi Orán? ¿Quién es hoy su dueño? ¿Habeis, españoles, llevado vuestras enseñas victoriosas hasta el Atlas?» Yo callé. El cañon de los moros del Riff resonaba como una maldición en mis oídos, y, bañado de un sudor frío, caí de rodillas sobre el pavimento, pidiendo á Dios que dirija una mirada de amor á la pobre España y reanime nuestro decaído espíritu. No, no es posible que se pierda nuestro carácter. Nosotros nos levantaremos del polvo en que yacemos.

Que el antiguo valero  
sea é ancor muerto.

En el templo de San Juan de los Reyes resplandece maravillosamente la idea de Dios. Delante de estas ideas todas las demás se eclipsan como las estrellas en presencia del sol. ¿Será posible que algunos desgraciados vean el cielo vacío? ¿Será posible que en estos templos no alcancen á oír la voz de Dios, que resuena en sus bóvedas? Yo veo á Dios aquí, en su santuario, y me parece cada piedra como las notas de un canto, la revelación de su grandeza. ¿Qué sería el mundo y el arte sin Dios? Un santuario vacío, un templo destruido. ¿Qué sería sin Dios la ciencia? Como un mar corrompido, sin luz y sin aire. La idea más real, más hermosa, es la idea de Dios. Sobre ella gira, como sobre un eje de diamantes, el espíritu y la Naturaleza. Sin Dios todo sería mentira.

La luz de la tarde, que tenía de un misterioso resplandor el templo, aumentaba sus hermosas propor-





CLAUSTRO DE SAN JUAN DE LOS REYES EN TOLEDO.

ciones, como entristecía el alma la soledad que en él reinaba. El reflejo del sol poniente se asemejaba al centellear de una lámpara moribunda. Las sombras, con sus dudas, envolvían las estatuas y las idealizaba; el estado de las piedras era á mis ojos como blancas flores depositadas en el templo por la mano invisible de un ángel.

La armonía de este hermoso templo derramaba plácida tranquilidad en el alma. Descansa en aquellos arcos tan concluidos, en aquellas columnas tan esbeltas, como en un suave recinto. Todas nuestras facultades se avivan bajo estas bóvedas. El pensamiento ve á Dios, la voluntad se fortifica para proseguir el gran combate de la vida, la imaginación se espacia como en su cielo, y todo nuestro sér siente una indefinible melancolía más dulce y más grata que todos los placeres de la tierra; esa melancolía que produce la aspiración á lo infinito.

El hombre siente en sí un deseo que le lleva á romper las estrechas condiciones de su sér, y abismarse en el mundo que pinta la idea en la mente. Alabemos esa aspiración al cielo, que si nos hace padecer en la tierra la tristeza del desterrado, nos mueve á dejar por do quiera testimonios de nuestra inmortalidad y de nuestra grandiosa. El templo de San Juan de los Reyes, símbolo de lo infinito, prueba que si el hombre, por su organización, pertenece á la tierra, por su pensamiento pertenece al cielo. Si alguna vez, por tu desgracia, lo dudaras, lector, acércate á uno de esos templos y encontrarás en ellos prueba de tan consoladora verdad, y verás en ellos la realidad de Dios y la inmortalidad del alma.

EMILIO CASTELAR.

## EL ESTÍO.

¿Cuándo empieza el verano?

Segun el Almanaque, el 21 de Junio.

Pero para las gentes empieza con el calor.

Esto será quizá una verdad de Pero Grullo, pero ello es que nadie se convencerá que ha llegado mientras no haga calor.

¡El verano! estación del año que desean ver llegar un gran número de mortales.

¡Con cuánta ansia esperan su llegada las lindas jóvenes que, cansadas ya de la vida de la corte, desean salir de verano á San Sebastian, Santander, Biarritz etcétera, etc. ¡Otras, más modestas, para las cuales la traslación de morada no es posible, se quedan en Madrid, pero disfrutan yendo las mañanitas al Retiro y las noches al Prado.

¡Con qué delirio reciben los estudiantes la aproximación del estío! Con su llegada coincide el abandono de los libros, que les han ocupado durante nueve meses, tan largos como cortos son los tres de vacaciones. Los empleados reciben tambien con júbilo esta estación del año para descansar de sus pesadas fatigas. Del mismo modo los honrados labradores aguardan con impaciencia la llegada del estío, que suele

ser, en general, digno remate de sus fatigas del invierno.

No cabe duda, el estío es deseado por muchos, aborrecido por algunos, pero beneficioso para casi todos.

Cuando los primeros días de Setiembre anuncian el término del verano, cambia por completo la decoración: todos vuelven á sus tareas habituales; las niñas á sus casas, los estudiantes á sus aulas, los empleados á sus oficinas, los labradores á sus tareas campestres; pero todos vuelven con la esperanza de que el tiempo pasa pronto, y que en breve plazo llegará otra vez el verano.

¿Con qué placer en los teatros, en las tertulias, en los bailes, en las reuniones se habla, durante las frías noches de invierno, de los meses del verano! ¿Cómo goza cada cual contando sus viajes! El uno ha recorrido medio mundo para aprender algo; otro ha pasado el verano recorriendo las casas de baños sin tener enfermedad ninguna; aquél cuenta sus excursiones campestres; éste sus aventuras amorosas.

Apénas vueltos de veranear, ya cada cual se pregunta:

— ¿Dónde piense V. ir el año que viene?

Para terminar:

— Este verano es un verano muy raro — decía el otro día una joven acostumbrada á salir de Madrid los veranos; — le sobra una cosa.

— ¿Cuál? — preguntó otra joven, que, más modesta, se pasa los veranos en Madrid.

— El cólera — añadió la primera.

— Pero en cambio — replicó la segunda — le falta otra, los conciertos en los Jardines del Retiro.

MEDA.

## LAS CACERÍAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

(Continuación.)

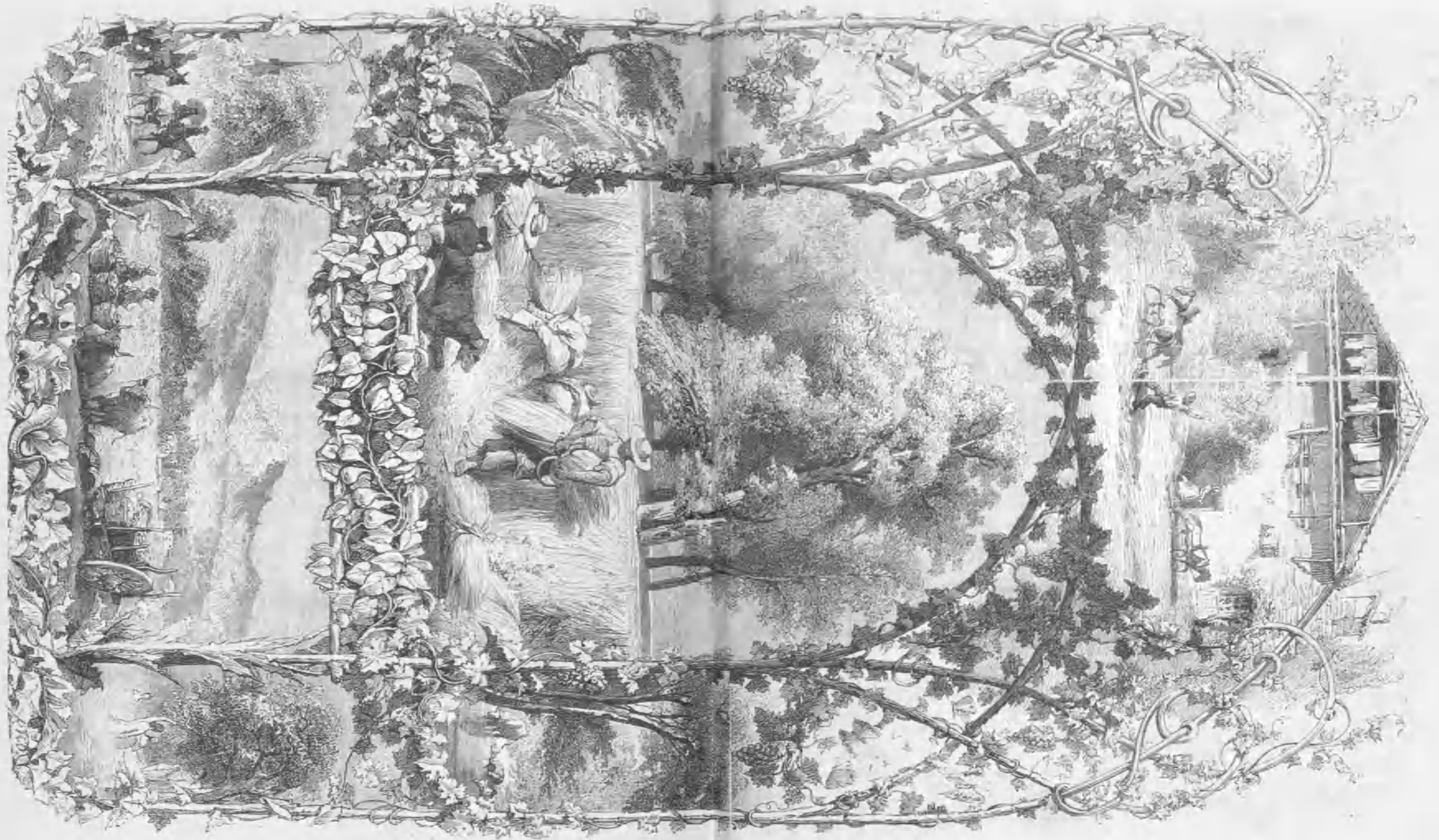
El negro comprendió que estaba perdido; pero, loco de terror, giró sobre sí mismo cual si tratase de huir á través de la roca que le cerraba el paso.

El gorilla no se movió, pero de un zarpazo arrojó el viestre al desdichado negro.

Éste cayó á tierra lanzando aquel alarido de muerte que había bebido la sangre en las venas á Chailin y á Gambó, así como al otro negro, que, asustado por el grito del gorilla, no tenía fuerzas para trepar á lo alto de la roca que le separaba del terrible drama que acabamos de referir en mucho más tiempo del que tardó en suceder.

El gorilla no dió otra prueba de cólera más que agarrar con la mano el extremo del aplastado cañon del fusil, interin que con la otra asa la culata, y sin el menor esfuerzo lo dobló y partió, arrojando sus pedazos al lado del moribundo negro.

Al mismo tiempo se oyó en los matorrales un violento ruido, y el gorilla se volvió para averiguar la causa que lo producía: mas apénas se hubo vuelto, lanzó un feroz rugido.



EL ESTIO.

Hallábase delante de nuevos enemigos.

Eran Chaillu y Gambó que acudían desolados en auxilio de su infeliz compañero.

El monstruo, rugiendo sin cesar y golpeándose el pecho, marchó en línea recta hácia Chaillu, como diciendo:

— ¿Qué, ¿pensáis que voy á huir del peligro?

En aquel momento se hallaban separados por una distancia de treinta pasos; Chaillu se convenció de que tenía que habérselas con un macho solitario; estremezaba rugiendo, y su rugido se asemejaba á un trueno lejano.

Chaillu, que aquel día estaba armado con una excelente carabina de dos cañones, le apuntó y tiro del gatillo al mismo tiempo que Gambó le decía alarmando:

— ¡Aun no!

Pero el tiro no salió; durante la carrera que acababan de dar, habíase caído el pistón de la cámbrea.

El gorilla se detuvo para rugir de nuevo; Chaillu montó la otra llave, y sin dejar de apuntar al monstruo, puso otro pistón en la cámbrea.

El gorilla, despues de rugir, precipitó el paso.

— ¡Aun no! — repitió la voz de Gambó.

El monstruo, más fiero, más amenazador que nunca, sólo distaba ya quince pasos; y Chaillu, más tranquilo, pudo contemplar su repugnante rostro negro, horriblemente contraído por la cólera, é iluminado, por decirlo así, por la llamada fosfórica que se escapaba de sus hundidos ojos grises.

El monstruo continuaba avanzando, y no se hallaba más que á diez pasos; la proximidad de la fiera excitaba los nervios de Chaillu, su respiracion era cada vez más precipitada.

Por encima de su hombro izquierdo apareció entonces el cañon del fusil de Gambó.

Chaillu creía sentir que el abrasado aliento de la fiera se mezclaba con el suyo.

— ¡Atencion! — dijo la voz de Gambó.

Chaillu perfeccionó la puntería, eligiendo por blanco el corazón.

En este momento se detuvo el gorilla por última vez; y al mismo tiempo oyó Chaillu esta palabra:

— ¡Ahora! Seguida de una detonacion.

La fiera, herida únicamente por la bala de Gambó, dió un salto adelante y quedó á cuatro pasos de Chaillu, amenazadora, terrible, indómita, rugiente como una tormenta de los trópicos, golpeándose el pecho con satánico furor.

Pero al mismo tiempo salió el tiro de Chaillu, y el tremendo animal, herido en mitad del pecho, cayó de bruces lanzando un gemitó casi humano.

Su frente cayó sobre los pies de Chaillu, el cual, sobreorgido, dió maquinalmente un paso atrás.

La fiera al caer así casualmente el tronco de un arbolito, y en las convulsiones de la agonia, lo arrancó de cuajo.

Sin el salto de Chaillu, aquella maza de hierro, habría asido y roto como una caña las piernas del asido y sereno americano.

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

## LOS TEATROS EN EL SIGLO XVII.

### LA COMEDIA POR LA TARDE,

POB DON JUAN DE ZABALETA.

Fué D. Juan de Zabaleta un escritor de costumbres del siglo XVII, erudito, ameno, filósofo y entretenido; y entre los cuadros más acabados que compuso, y que merecen ser más conocidos de lo que son, figura el que titula *El día de fiesta por la tarde*. Insertaremos aquí el artículo que escribió sobre los teatros, tales como eran en aquella época, descartando, sin embargo, de su producción las reflexiones en que le envuelve, y que desdizen del gusto moderno.

«Come atropelladamente el día de fiesta el que le piensa gastar en la comedia de aquella tarde. El ansia de tener buen lugar le hace no calentar el lugar en la mesa. Llega á la puerta del teatro, y la primera diligencia que hace es no pagar. La primera desgracia de los comediantes es ésta: trabajar mucho para que se le pagnen pocos. ¡Pues luego, ya qué no paga, perdona algo! Si el comediante saca mal vestido, le acosa ó le silba. Yo me holgára saber con qué quieren, éste y los demás que le imitan, que se engalanen, si se le quedan con su dinero.

«Pasa adelante nuestro holgón, y llega al que da los lugares en los banos. Pídele uno, y el hombre le dice que no le hay, pero que le parece que á uno de los que tiene dados no vendrá su dueño, que aguarda á que salgan las guitarras, y que si entonces estuviere vacío, se siente. Quedan de este acuerdo, y él, por aguardar entretenido, se va al vestuario. Halla en él á las mujeres, desnudándose de casacas para vestirse de comediantas.

«Alguna está en tan interiores paños como si se fuera á acostar. Póngase en frente de una á quien está calzando su criada, porque no vino en silla; y la mujer prosigue en calzarse, manteniendo la paciencia de ser vista sin adreverse á impedirlo, porque como todos son votos en su aprobacion, no quiero disgustar á ninguno.

«Asómase nuestro hombre á los paños por ver si está vacío el lugar que tiene dudoso, y véle vacío.

«Párcelo que ya no vendrá su dueño, va y sientase. Apénas se ha sentado, cuando viene un dueño y quiere usar de su dominio; ármase una pendencia, y sólo se apacigua cediendo el que tenía pagado el lugar y sentándose en otro que le dan. Tarda nuestro hombre en sossegarse y luego mira al puesto de las mujeres (en Madrid se llama Canela), hace juicios de las caras, vésele la voluntad á la que mejor le ha parecido y hácelo con algun recato señas. No es la Canela lo que vuestra merced entró á ver, señor mío, sino la comedia; ya van cuatro culpas, y aun no se ha empezado el entretenimiento.

«Vuelve la cara á diferentes partes, cuando siente que por detrás le tiran de la capa. Tuerce el cuerpo por saber lo que aquello es, y ve un limero que metiendo el hombro por entre dos hombres, le dice cerca del oído que aquella señora que está dándose gol-

pos en la rodilla con el abanico dice que se ha holgado mucho de haberlo visto tan airoso en la pendencia, que le pague una docena de limas. El hombre mira á la Cazuela, ve que es la que le ha contentado, da el dinero que se le pide y envíale á decir que tiene todo lo demás de que gustare. En apartándose el limero piensa en ir á aguardar á la salida de la comedia á la mejor, y empieza á parecerle que tanta mucho en empezarse la comedia.

«Si los comediantes se detienen es porque no hay la gente que es menester que haya para desquitar la que se pierde en días de trabajo, ó porque aguardan personas de tanta reverencia, que, por no disgustarlas, disgustan á quien ellos han menester tanto agradar, como es el pueblo.

«Salen al fin las guitarras, empíezase la comedia y nuestro oyente pone la atención quizá en donde no la ha de poner. Ahora bien; quiero enseñar al que oye comedias á oírlas, para que no saque del teatro más culpas de las que llevó.

«También van á la comedia las mujeres: la que ha de ir conviéndose con una amiga suya, vanse á una mesa, y desde la mesa, por tener buen lugar, parten á la Cazuela. Aun no hay á la puerta quien cobre. Entran y hállala solpicada, como de viruelas locas, de otras mujeres tan locas como ellas. No toman la delantera, porque ése es el lugar de las que van á ver y ser vistas. Van entrando más mujeres, y algunas de las de buen desahogo se sientan sobre el pretil de la Cazuela, con que quedan como en una curva las que están en medio sentadas. Entran los cobradores: la una de nuestras mujeres desconfía de entre el faldon del jubón y el guarda-infante un pañuelo, desnuda con los dientes una esquiná, saca de ella un real sencillo y pide que le vuelvan diez maravedís. Mientras esto se hace, ha sacado la otra del seno un papellito abochornado, en que están los diez cuartos envueltos, hacen su entrega, y pasan los cobradores adelante.

«La que quedó con los diez maravedís en la mano toma una medida de avellanas nuevas, lévanla por ella dos cuartos y queda con el ochavo tan embarazada como con un niño: no sabe cómo acomodarlo, y al fin, se lo arroja en el pecho, diciendo que es para un pobre.

«Van cargando ya muchas mujeres. Una de las que están delante llama por señas á dos que están en pie detrás de las nuestras; las llamadas, sin pedir licencia, pasan por entre las dos, pisándoles las basquiñas y descomponiéndolas los mantos. Ellas quedan diciendo: «¿Hay tal grosor!» Qué con estas palabras se vengan las mujeres de muchas injurias, Tráenles á las que están sentadas en el pretil unas empanadas, y para comerlas se sientan en lo bajo; con esto les queda claro á las otras para ver los hombros que entran. Dice la una: «¿Ves aquel hombre entreteno que se sienta allí á mano izquierda? Pues es el hombre más de bien que hay en el mundo y que más culpa de su casa; pero bien se lo paga la pícará de su mujer: amanecida está con un estadiñillo que no vale sus orejas llenas de cañamones.» Poco después

dice la otra: «¿Ay, amiga, Pulanillo, que ayer herretaba agujetas, se sienta hoy en banco de barandillas!»

«Ya la Cazuela estaba cubierta, cuando he aquí al apretador (éste es un portero que desahucó allí á las mujeres para que quepan más) con cuatro mujeres tapadas y lucidas, que porque le han dado ocho cuartos viene á acomodarlas. Lígase á nuestras mujeres y dice que se entechan: ellas lo resisten, él perfila, las otras se van llegando, descubriendo unos trapapiés que chispean oro, y se dejan, al fin, caer sobre las que están sentadas, que, por salir de debajo de ellas, las lucen luego sin saber lo que se hacen. A este tiempo, en la puerta de la Cazuela arman unos mozos una pendencia con los cobradores sobre que dejen entrar mas mujeres de balde, y entran diciendo unos con otros en la Cazuela. Levántanse desatendadas las mujeres, y por salir de los que ríen, van unas sobre otras. Todas tienen ya los rincones por el mejor lugar de la Cazuela, y unas á gatas, y otras corriendo, se van á los rincones. Saca, al fin, los hombres de allí la justicia, y ninguna toma el lugar que tenía; cada una se sienta en el que halla. Queda una de nuestras mujeres en el banco postrero, y la otra junto á la puerta. La que está aquí no halla los guantes y halla un desgarron en el manto. La que está allí está echando sangre por las nárices, de un colazo que la dió uno de los de la pendencia: quiere limpiarse, y hásele perdido el pañuelo, y socórese de las emanas de bayeta.

«Salen, al fin, las guitarras y sostéganse todas. La que está junto á la puerta de la Cazuela oye á los representantes y no los ve; la que está en el banco último los ve y no los oye; con que ninguna ve comedia, porque las comedias ni se oyen sin ojos, ni se ven sin oídos.

«Acabase, en fin, la comedia como si para ellas no se hubiera empezado. Juntanse las dos vecinas á la salida y una de ellas ha perdido la llave de su puerta: vanse á la tienda de enfrente y compran una vela, con la cual la buscan, pero no la hallan. El que ha cerrado el Carral las da prisa y ellas se fatigan. Ya desesperan del buen suceso, cuando la compañera ve hacia un rincón una cosa que relumbra. Van allá y ven que es la llave, que está á medio colocar entre dos tablas: recógenla, bajan á la calle, y antes de matar la vela, buscan, para hacer mantija, un papellito: mántanla, líjanla y comínan. Brava tarde; más señoras lindamente se han holgado.»

## LOS LAPONES

EN EL JARDÍN DE ACCLIMATACION DE PARÍS.

(Continúan.)

Los renos constituyen la principal riqueza de la Laponia. Se estima que una familia, padre, madre y un niño, deben poseer, por lo ménos ciento, para no necesitar del vecino. Con cincuenta renos, un celibe puede dedicarse á negocios; pero, cuando no tiene

tantos, debe ponerse al servicio, en casa de cualquier gran propietario. Sin embargo, los ganados más numerosos no pasan nunca del número de mil cabezas; el lapón opulento que alcanza este grado de fortuna, convierte las sobras de sus ganancias en dinero, que

tiene buen cuidado de meter en cualquier escondrijo conocido de él solo.

Si la piel del reno suministra el vestido, éste mismo animal forma la base de la alimentación del lapón. La leche, espesa y cremosa, es un recurso pre-

## ANTAÑO.



La más provocativa  
lo era sólo de medio cuerpo arriba.

cioso por sí misma y por el buen queso que produce. Su carne se come fresca ó ahumada, y los que la han probado, anhelan que es muy sabrosa; se la conserva salándola y exponiéndola al humo del fogón. En fin, con la sangre del reno se prepara un plato nacional, aunque poco apetitoso para nosotros, el *malesupta* (sopa de sangre). Se empieza por mezclar en un gran caldero de hierro agua y pedazos de grasa que se derriten al fuego, luego se vierte en esta mezcla la sangre fresca, á la que se añaden cuajarones de sangre seca, sal y harina. Hé aquí el plato favorito de los lapones, el cual tienen en gran aprecio, á pesar de su perfume y su aspecto repulsivo

para nosotros. La harina la obtienen de los escandinavos, por vía de cambio, así como las bebidas espirituosas, por las que sienten gran avidez los lapones en el presente.

El lapón nunca abandona sus renos, porque sin ellos se hallaría completamente desprovisto. Estos le sirven también de bestias de carga en las emigraciones que la Naturaleza y el clima imponen á los habitantes de esas regiones. Estos viajes continuos no tienen, por otra parte, nada de extraordinarios; los *pulka* ó grupos de lapones van de aquí para allá, según la mayor ó menor abundancia de pastos para sus renos; lo único que hay de cierto es que no permane-

con nunca en las montañas durante el invierno. Unos descienden al borde del mar; otros se refugian en los vastos valles pantanosos del interior. En cuanto vuelven los primeros calores, ganan prontamente los

Alpes escandinavos, para huir de las moscas y mosquitos que hacen insoportable la habitación del país. Durante el buen tiempo llevan vida nómada en toda su incoherente apariencia, y los lapones campan y

## OGAÑO.



Hoy en igual trabajo  
la gracia está de medio cuerpo abajo.

decampan sin cesar. La forma de sus cabañas está también adaptada perfectamente á este género de existencia.

Se puede ver en el Jardín de Aclimatación con qué facilidad se arman y desarman las tiendas; largas perchas horquilladas de álamo están dispuestas en baces formando una verdadera armazón cónica, y están sostenidas en una separación conveniente por piezas de madera encorvadas que forman una bóveda en el interior de la tienda; el todo está cubierto de tela, pero la cúspide permanece abierta para dejar pasar el humo. En otros tiempos los lapones cubrían sus tiendas con pieles de reno; hoy, para reempla-

zarla, toman de los noruegos tela de vela alquitrana da ó encerada, ó bien de los lapones de la costa tapices y coberturas tejidas por estos últimos con una habilidad original; Estos lapones de la costa, más civilizados que los otros y que se han hecho casi sedentarios, crían carneros y preparan telas. Son también buenos pescadores; en largas canoas, de las cuales puede verse en el Jardín de Aclimatación una reducción, toman la mar y van á echar sus redes en las aguas frecuentadas por esas miríadas de peces que hacen sus emigraciones anuales á través del mar del Norte.

Hemos publicado en la primera parte de este ar-

tando (núm. 31, pliego 415, fig. 3, núm. 7), una representación del peso de red; es simplemente una piedra curvada en una bolsa de corteza de álamo (figura 3, núm. 7).

Cuando una familia japonesa quiere cambiar de residencia empieza por quitar la cubierta de la tienda, cuyas diversas secciones son cuidadosamente plegadas y sujetadas á guisa de albarda, por una cincha, sobre el dorso de los reos. La armadura de la tienda es desmontada y los piquetes de madera son unidos en haces por una cuerdecilla que pasa por un agujero practicado en sus bases; cada uno de estos haces se pone á cada lado del reo. El resto del mobiliario no es ménos fácil de transportar, pues consiste apenas en utensilios de cocina y en platos que constituyen toda el equipaje. Las casas de invierno están construidas, con poca diferencia, por el mismo modelo, excepto que se las envuelve de montones de césped bien apladado, lo que las hace parecerse á un montecillo ó á una enorme topera. En el interior, el fogón no se hace sino con algunas piedras gruesas, el humo es también intenso, siendo á este hecho, así como al brillo de la nieve, á lo que se atribuye el precoz debilitamiento de la vista entre los japoneses.

Divididos en tres Estados bien distintos, la Rusia, la Suecia y la Noruega, estos pueblos no tienen absolutamente nacionalidad propiamente dicha, y la vida política es absolutamente nula entre ellos. No están tampoco formados por tribus, y viven en pequeños grupos ó *pukks*, compuestos de una familia y de sus servidores, pero nunca muy considerables. Pasan por cristianos ortodoxos en Rusia, luteranos en Suecia y en Noruega; en el fondo guardan todas sus antiguas creencias, todas sus viejas preocupaciones finlandesas.

La religión nacional de los japoneses era un politeísmo aún muy cargado de concepciones fútilas. Si del ciclo hablan hecho la morada de un dios, *Jakevel*, si en el trueno oían á la manifestación de otro dios, *Ukko*, no tenían ni tienen ménos una veneración del todo particular por infinidad de objetos sacrosantos: por los árboles, las piedras, las rocas, los lagos y los ríos, confundiendo aún el genio que se juzgaba habitar en el árbol ó en la roca ó en el agua, con el río, la piedra ó la planta en sí mismas. Asimismo han conservado la fe en los talismanes ó *seida*.

Por la mitología como por el lenguaje los japoneses más bien son los parientes próximos de los finlandeses y pertenecen al grupo finlandés en la familia oural-báltica; tienen, por otra parte, rasgos característicos: órbita globulosa, cara larga, pómulos salientes, ojos pequeñas, nariz corta y ancha, osamenta maciza. El color es amarillento y la talla poco elevada.

De los nueve individuos presentes en el Jardín de Aclimatación, uno sólo tiene los cabellos verdaderamente negros, todos los otros los tienen de matices más ó ménos claros; ciertos adultos los tienen aún de un color rubio acañonado del todo singular. Se pretende que los japoneses rubios no son de raza pura y

que son principalmente los de Noruega y de Rusia los que presentan ese carácter mestizo, mientras que los de Suecia, morenos la mayor parte, representarían mejor el verdadero tipo. De todos modos, cuando se considera que los finlandeses (finlandeses y es. thonios) son rubios en la inmensa mayoría, que los samoyedos lo son también, que los individuos rubios se cuentan en gran número entre los tártaros de Kazan, se hace difícil decidir si el tipo original oural-báltico era rubio ó moreno subido. En lo que concierne á los japoneses, ó *samo*, su parentesco lingüístico está tan próximo con el de los rubios *suami* ó finlandeses, que experimentamos embarazo al decir cuál de los dos, si el hombre de cabellos muy negros ó uno de los individuos rubios claros del Jardín de Aclimatación, es el verdadero tipo del japon.

## DON MANUEL VILAR Y ROCA,

ESCULTOR ESPAÑOL.

Como ha dicho muy bien el biógrafo de este escultor insigne, el recuerdo solemne de los que fueron, no es pequeño estímulo para que los presentes se lancen por el camino de los adelantos. En efecto, al considerar el ardor artístico y el entusiasmo por los buenos adelantos que distinguió al alma del escultor Vilar y Roca, recientemente perdido para las Bellas Artes, no se sabe qué debemos admirar más, si la constancia del genio en medio de las decepciones de la vida, ó las obras debidas á ese genio que han contribuido á colocar las artes en el estado en que actualmente se encuentran.

Nacido Vilar en la ciudad de Barcelona, el 15 de Noviembre de 1812, no tardaba, desde su primera infancia, en dar claras pruebas de sus inclinaciones artísticas. No otra cosa demostraban sus juegos, que por lo regular demuestran el hombre cuando niño, las aspiraciones que abrigará su corazón en adelante, y hé aquí por qué apenas entraba en el estudio del esculpido escultor Campeny, cuando desarrollaba los albores de un talento. Dos años escasos estuvo bajo la dirección de este maestro, y sus obras que ejecutó, según asegura su biógrafo, á quien vamos siguiendo en esta noticia, tanto en barro como en mármol y en madera, ya traducidas de estampas representando bajos relieves griegos, ya originales, tomados del natural merecieron la aprobación de su director.

Anunciadas, más adelante, oposiciones para una pensión para el estudio de la escultura en Roma, mediante el rigor del público certámen, Vilar obtuvo el premio, siendo notable su ejercicio de oposición, *Juicio de David en Babilonia*. Huérfano de padre y madre partió Vilar para Roma, en Abril de 1834, pero le acompañaba un ángel custodio que se llama talento, cuando se halla bien radicado y dirigido, y así es que en vez de hacer lo que acostumbra la generalidad de viajeros, en lugar de dedicar el tiempo á una fútil curiosidad, le empleó desde luego en completar su educación y ponerse en relaciones con los ma-



celebres artistas. Comprendiendo que la belleza no puede nacer sino de la perfecta conformidad de los dos elementos constitutivos del arte, el fondo y la forma, compartió el tiempo en estudios referentes á

cada uno de ellos; y lo mismo asistió á las distintas clases de Dibujo, que á las de Anatomía, teórica y práctica, Mitología, Arqueología, y sobre todo á la de Composición, que explicaba el pintor Minardi, para



MOTEZUMA, estatua de D. Manuel Vilar y Roca.

lo cual no olvidó el estudio de la lengua italiana; ejercitándose en el modelado y bosquejo de composiciones, leyendo la *Iliada* de Homero y la *Encida*

de Virgilio, y las *Metamorfosis* de Ovidio, estudiando al propio tiempo la Historia del arte.

(Se concluirá.)



DON MANUEL VILAR Y ROCA.

## ANÉCDOTAS.

Cuando los ingleses á las órdenes de Nelson atacaban á la escuadra hispano-francesa en Trafalgar, el primer subteniente del buque *Venganza*, al pasar revista á sus tercios, observó que un marinero estaba arrodillado al lado de su cañon y en una actitud tan poco usual en un marinero inglés, que excitó su sorpresa y obligó á preguntarle si tenia miedo.

—¿Si tengo miedo? —replicó el marinero—no: rogaba á Dios para que los tiros del enemigo se distribuyesen á proporcion de los sueldos, la mayor parte entre los oficiales.

Quería la Asamblea francesa empezar una proposicion al Rey con esta frase:

—La Asamblea trae á los piés de V. M. una ofrenda, etc.....

Mirabeau se levantó entonces, y dijo friamente:

—La majestad no tiene piés.

## JEROGLÍFICO.



La solucion en el número próximo.

## SUMARIO.

GRABADOS.—Claustro de San Juan de los Reyes.—El estío.—Añoño y ogaño.—Motozuma, estatua.—Don Manuel Vilar y Roca.—Varios grabados pertenecientes á las novelas.—Jeroglífico.

TEXTO.—Keraban el Testarudo, por Julio Verne.—El Secreto del oro, Luis Boussenard.—Sin familia, Hector Malot.—Ingleses y españoles en el Polo Sur, Moreno Fuentes (fin).—Una tarde en San Juan de los Reyes en Toledo, por Emilio Castelar.—El estío, por Mejía.—Las encierros en el Africa ecuatorial.—Los teatros en el siglo XVII.—Los japones (fin).—Don Manuel Vilar y Roca.—Anécdotas.